

JULIO VERNE

UN BILLETE DE LOTERÍA

EL NÚMERO 9672

UN
BILLETE DE LOTERÍA
EL NÚMERO 9672

POR

JULIO VERNE

SEGUNDA DE

FRRITT--FLACC

EDICIÓN ILUSTRADA CON CUARENTA Y DOS DIBUJOS DE GEORGE ROUX, Y UN MAPA

TRADUCCIÓN DE

D. A. DE A.

SEGUNDA PARTE



MADRID
AGUSTÍN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS
10. CALLE DE CAMPOMANES, 10

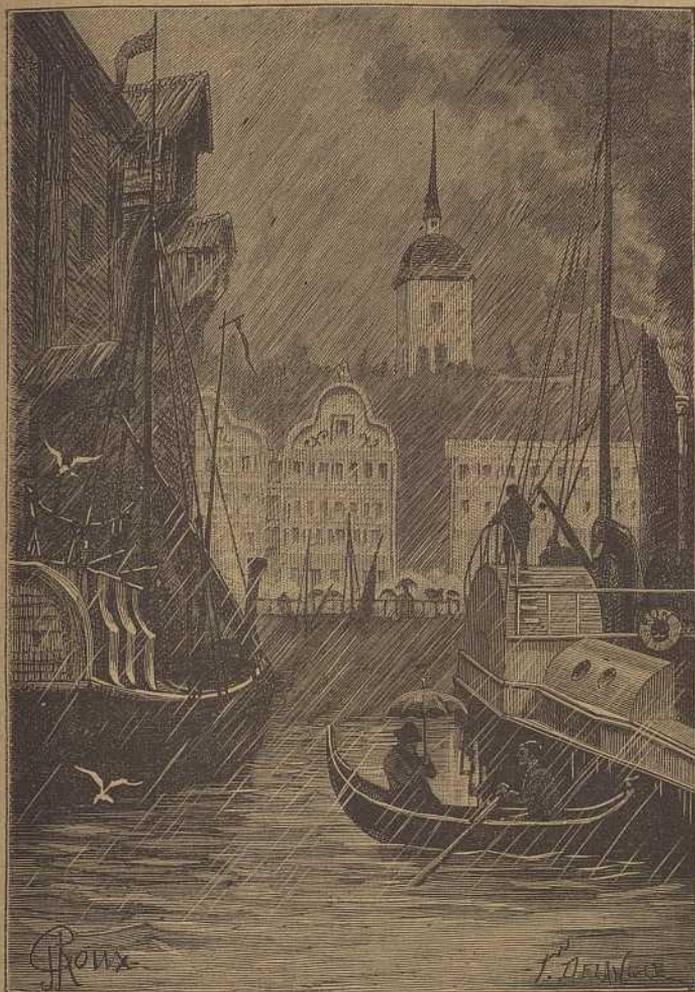
1886

Es propiedad del Editor.

UN BILLETE DE LOTERÍA

EL NÚMERO 9672

(SEGUNDA PARTE.)



El mercado de pescados en Bergen.

XIII.

Sylvius Hog había, pues, partido para Bergen. Su naturaleza tenaz, su carácter enérgico, un momento quebrantados, habían vuelto á sobreponerse.

No quería creer en la muerte de Ole Kamp, ni admitir que Hulda estuviese condenada á no volverle á ver jamás. No: mientras no estuviese patente la materialidad del hecho, le tenía por falso.

Y, como vulgarmente se dice, aquello era mas fuerte que él.

Pero ¿tenía algún indicio sobre el que fuese posible apoyar la obra que iba á emprender en Bergen? Si; pero un indicio muy vago; preciso es confesarlo.

Sabia, en efecto, la fecha en que Ole Kamp había arrojado al mar el billete, la fecha y el sitio en que se había recogido la botella que le encerraba.

Esto era lo que acababa de saber por la carta de la marina, carta que le había decidido á partir inmediatamente para Bergen, á fin de entenderse con la casa Help y con los marinos más competentes del puerto.

Tal vez aquello bastaría para imprimir una útil dirección á las investigaciones de que iba á ser objeto el *Viken*.

El viaje se llevó á cabo de la manera más rápida posible. Llegado á Møel, Sylvius Hog despidió á su compañero con la kariol. Tomó pasaje en una de las embarcaciones de corteza de abedul que hacen el servicio del lago Tiun. Después, en Tinoset, en lugar de dirigirse hacia el Sur, es decir, hacia Bamble, alquiló una segunda kariol, y siguió los caminos del Hardanger, con objeto de ganar el golfo de este nombre por el más corto. Allí el *Ruin*, pequeño vapor que hace el servicio del golfo, le permitió volver á bajar hasta su extremidad inferior.

En fin, después de haber atravesado una red de fiords entre los islotes y las islas de que está sembrado el litoral noruego, el 2 de Julio al amanecer desembarcó sobre el muelle de Bergen.

Aquella antigua ciudad que bañan los dos fiords de Sogne y de Hardanger, está situada en un país soberbio, al cual se parecerá la Suiza el día en que un brazo de mar artificial haya llevado las aguas del Mediterráneo al pie de sus montañas.

Una magnífica calle de fresnos da acceso á las primeras habitaciones de Bergen. Sus altas casas de puntiagudos techos resplandecen con la blancura de las de las ciudades árabes, y están aglomeradas en aquel triángulo irregular que encierra sus treinta mil habitantes.

Sus iglesias datan del siglo xiv. Su alta catedral la señala de lejos á los buques que vienen de alta mar. Es la capital de la Noruega comercial, por más que esté situada fuera de las vías de comunicación y muy alejada de las otras dos ciudades que políticamente ocupan el primero y segundo lugar del reino, Christiania y Drontheim.

En cualquiera otra circunstancia, el profesor hubiera tenido gusto en estudiar aquella cabeza de prefectura, tal vez más holandesa que noruega por su aspecto y sus costumbres. Esto formaba parte de su programa. Pero después de la aventura de la Maristien, después de su llegada á Dal, aquel programa había sufrido importantes modificaciones.

Sylvius Hog no era ya el diputado turista que quería conocer con exactitud el país, tanto bajo el punto de vista político, como bajo el punto de vista comercial. Era el huésped de la

casa Hansen, el obligado de Joël y de Hulda, cuyos intereses estaban por encima de todo.

Era el deudor que quería, no importa á qué precio, pagar su deuda de reconocimiento. Y aun pensaba que lo que iba á intentar por ellos era bien poca cosa.

Al llegar á Bergen, Sylvius Hog tomó tierra al fondo del puerto, sobre el muelle del mercado de pescado.

Inmediatamente se dirigió al cuartel de Tyske Bodrone, donde habitaba Help Junior, de la casa Help hermanos.

Llovía como de costumbre, pues la lluvia cae en Bergen trescientos sesenta días por año. Con dificultad se hubiera encontrado una casa mejor cercada y dispuesta que la hospitalaria de Help Junior.

En cuanto á la acogida que recibió Sylvius Hog, en ninguna parte hubiera podido ser más afectuosa, más cordial, más demostrativa del cariño que le profesaban.

Su amigo se apoderó de su persona como de una joya preciosa que tomaba en consignación, que almacenó con cuidado, y que no entregaría sino á cambio de un recibo en buena y debida forma.

Sylvius Hog dió á conocer inmediatamente el objeto de su viaje á Help Junior. Le habló del *Viken*. Le preguntó si, desde su última carta, no había tenido ninguna otra noticia. ¿Le consideraban como irremisiblemente perdido los marinos de la localidad? ¿Aquel naufragio, que cubría de luto á varias familias de Bergen, no había inclinado á las autoridades marítimas á dar principio á investigaciones que pudieran dar alguna luz respecto á aquella catástrofe?

—¿Y cómo podrían hacerlo (respondió Help Junior), si no se sabe el lugar del naufragio?

—Sea (mi querido Help); pero precisamente porque se ignora ese lugar, es preciso procurar conocerle.

—¿Conocerle?

—¡Si! Si nada se sabe del punto en que ha zozobrado el *Viken*, se conoce, por lo menos, el lugar en que el documento ha sido recogido por el buque danés. Hay, pues, un indicio seguro, que seríamos culpables en no aprovechar.

—¿Cuál es ese sitio?

—¡Escuchadme, mi querido Help!

Sylvius Hog le comunicó entonces los nuevos datos que últimamente le había proporcionado la marina, y los plenos poderes que le daba para utilizarlos.

La botella que encerraba el billete de lotería de Ole Kamp había sido encontrada el 3 de Junio por el brick-goleta *Christian*, capitán Mosselman, de

Elseneur, á una distancia de doscientas millas al Sudoeste de Islandia, soplando el viento del Sudeste.

Aquel capitán, como era su deber, habia tomado en el acto conocimiento del documento, para el caso en que hubiera podido prestar un socorro inmediato á los supervivientes del *Viken*. Pero las líneas escritas al dorso del billete de lotería no indicaban de ningún modo el lugar del naufragio, y el *Christian* no pudo dirigirse á las aguas donde habia ocurrido la catástrofe.

El capitán Mosselman era un hombre honrado. Otro menos escrupuloso, hubiera quizás guardado para sí el billete; pero él no tuvo más que un pensamiento: hacerle llegar á su destino desde el momento en que entrase en el puerto. «Hulda Hansen, de Dal»: esto bastaba. No era necesario saber más.

Sin embargo, una vez llegado á Copenhague, el capitán Mosselman pensó que seria mejor remitir el documento á las autoridades danesas, en lugar de enviarle directamente á la destinataria. Aquello era lo más seguro y lo más regular. Así lo hizo, y la marina de Copenhague avisó inmediatamente á la de Christiania.

En aquella época se habian recibido ya las primeras cartas de Sylvius Hog, que pedia noticias precisas sobre el *Viken*. El especial interés que tenia por la familia Hansen era conocido. Se sabia que Sylvius Hog debia permanecer algún tiempo en Dal, y allí se remitió el documento recogido por el capitán danés, á fin de que le pusiese en manos de Hulda Hansen.

Desde entonces, aquella historia no habia cesado de apasionar la opinión pública, gracias á los conmovedores detalles con que la habia revestido la prensa de ambos mundos.

He aqui lo que Sylvius Hog manifestó sumariamente á su amigo Help Junior, que le escuchó con el más vivo interés, sin interrumpirle una vez siquiera, concluyendo su narración con estas palabras:

—Hay, pues, un punto que no puede ponerse en duda, y es: que el 3 de Junio último ha sido encontrado el documento á doscientas millas al Sudoeste de Islandia, casi un mes después de la partida del *Viken* de San Pedro Miquelón para Europa.

—¿Y no sabéis nada más?

—No, mi querido Help; pero, consultando á los marineros más experimentados de Bergen, los que frecuentan ó han frecuentado aquellas aguas, que conocen la dirección general de los vientos, y, sobre todo, de las corrientes, ¿no podría establecerse el camino seguido por la botella? Después, teniendo aproximadamente en cuenta su velocidad

y el tiempo transcurrido hasta el momento en que fué recogida, ¿es imposible determinar el sitio en que fué arrojada por Ole Kamp, es decir, el lugar del naufragio? Help Junior movia la cabeza con aire poco aprobador.

Basar toda una tentativa de pesquisas sobre tan vagas indicaciones, á las cuales podrian mezclarse tantos motivos de error, ¿no seria correr al desencanto?

El armador, espíritu frio y práctico, creyó deber hacérselo observar á Sylvius Hog.

—¡Sea, amigo Help! Pero, el que tal vez no se obtengan sino datos muy inciertos, ¿es acaso una razón para abandonar la partida? Tengo empeño en que se intente todo en favor de esas pobres gentes, á las cuales soy deudor de la vida. ¡Si! Si necesario fuese, no vacilaria en sacrificar todo cuanto poseo por encontrar á Ole Kamp y entregarle á su prometida Hulda Hansen.

Y Sylvius Hog contó detalladamente su aventura del Rjukanfos. Dijo de qué modo el intrépido Joël y su valerosa hermana habian arriesgado su vida para venir en su ayuda, y cómo, sin su intervencion inesperada, no tendria en aquel momento el placer de ser el huésped de su amigo Help.

El amigo Help, según hemos dicho, era un espíritu poco propenso á pagarse de ilusiones; pero tampoco se oponia á que se intentase hasta lo inútil, hasta lo imposible, cuando se trataba de una cuestión de humanidad. Aprobó, pues, en definitiva lo que queria intentar Sylvius Hog.

—Sylvius (respondió); os secundaré con todo mi poder. ¡Tenéis razón! Aun cuando sólo existiese una débil probabilidad de encontrar algún superviviente del *Viken*, y, entre otros, el bravo Ole, cuya prometida os ha salvado la vida, no hay que despreciarla.

—¡No, Help, no! (respondió el profesor); aun cuando sólo hubiese una probabilidad contra cien mil.

—Hoy mismo, Sylvius, reuniré en mi despacho los mejores marineros de Bergen. Llamaré á todos los que han navegado ó navegan habitualmente por las aguas de Islandia y de Terranova. Veremos lo que nos aconsejan hacer....

—¡Y haremos lo que nos aconsejen! —respondió Sylvius Hog, con su ardor tan comunicativo. Tengo el apoyo del gobierno. ¡Estoy autorizado para disponer de uno de sus avisos, y espero que nadie vacilará en contribuir á semejante obra!

—Voy á las oficinas de la marina, — dijo Help Junior.

—¿Queréis que os acompañe?

—Es inútil; debéis estar fatigado....

— ¡Fatigado!.... ¡Yo!.... ¡Á mi edad!....

— No importa, descansad, mi querido y siempre joven Sylvius, aguardándome aquí.

En aquel mismo día hubo, en la casa de Help hermanos, una reunión de capitanes mercantes, de marinos de la gran pesca y de pilotos. Allí se encontraba un gran número de gentes de mar, que navegaban todavía, y algunos de más edad que se habían retirado.

Inmediatamente Sylvius Hog les puso al corriente de la situación. Les manifestó en qué fecha, 3 de Mayo, había sido arrojado al mar el documento escrito por Ole Kamp; en cuál otra, 3 de Junio, le había recogido el capitán danés, y en qué sitio, á doscientas millas al Sudoeste de Islandia.

La discusión, pues, fué bastante larga y muy seria.

No había uno entre aquellos bravos marinos que no conociese cuál era, en las aguas de Islandia y de Terranova, la dirección general de las corrientes; dato que era preciso tener muy en cuenta para resolver el problema.

Se sabía que en la época del naufragio, durante el intervalo de tiempo comprendido entre la partida del *Viken* de San Pedro Miquelón y la pesca de la botella, hecha por el buque danés, interminables rachas del Sudeste habían trastornado aquella porción del Atlántico. Á aquellas tempestades había que atribuir sin duda la catástrofe. Probablemente el *Viken*, no pudiendo mantenerse á la capa, habría tenido que huir, viento en popa.

Ahora bien: precisamente durante aquel periodo del equinoccio, los hielos polares empiezan á derivar hacia el Atlántico. Era, pues, posible que se hubiera producido una colisión, y que el *Viken* hubiese sido destrozado por uno de aquellos terribles escollos flotantes que tan difícil es evitar.

Admitiendo esa hipótesis, ¿por qué la tripulación, en todo ó en parte, no había de haberse refugiado sobre uno de aquellos icefields (1), después de haber depositado cierta cantidad de viveres?

Si era así, habiendo debido ser rechazado el banco de hielo hacia el Noroeste, no era imposible que los supervivientes hubiesen podido, por último, arribar á un punto cualquiera de la costa groenlandesa. Luego en aquella dirección y en aquellos lugares debían intentarse las investigaciones.

Tal fué la respuesta dada por unanimidad, en aquella reunión de marinos, á las diversas cues-

tiones propuestas por Sylvius Hog. No cabía duda de que era preciso proceder de la manera indicada.

Pero ¿qué se podría encontrar sino despojos en el caso en que el *Viken* hubiese abordado aquel enorme iceberg (1)? ¿Debería contarse con la repatriación de los que habían sobrevivido al naufragio? Era más que dudoso. El profesor, á aquella pregunta directa, vió que los más competentes no podían ó no querían contestar nada. Pero esto no era una razón para dejar de obrar, y en esto todos estaban conformes, con el menor retraso posible.

Bergen cuenta habitualmente con algunos barcos pertenecientes á la flotilla noruega del Estado. Á aquel puerto está destinado uno de los tres avisos que hacen el servicio de la costa occidental, haciendo escala en Drontheim, Finmark, Hammerfest y Cabo Norte. En aquel momento estaba anclado en la bahía.

Después de haber levantado un acta, que resumía la opinión de los marinos reunidos en casa de Help Junior, Sylvius Hog se dirigió inmediatamente á bordo del aviso *Telegrafo*, y dió á conocer al Comandante la misión especial de que había sido encargado por el gobierno.

El Comandante recibió al profesor con solicitud, y se declaró dispuesto á prestarle todo su concurso. Había hecho ya la navegación de aquellos parajes durante las largas y peligrosas campañas que arrastran á los pescadores de Bergen, de las islas Löffoden y del Finmark hasta las pesquerías de Islandia y de Terranova. Podría, pues, contribuir con sus conocimientos personales á la obra de humanidad que iba á emprenderse, á la cual prometió dedicarse por completo.

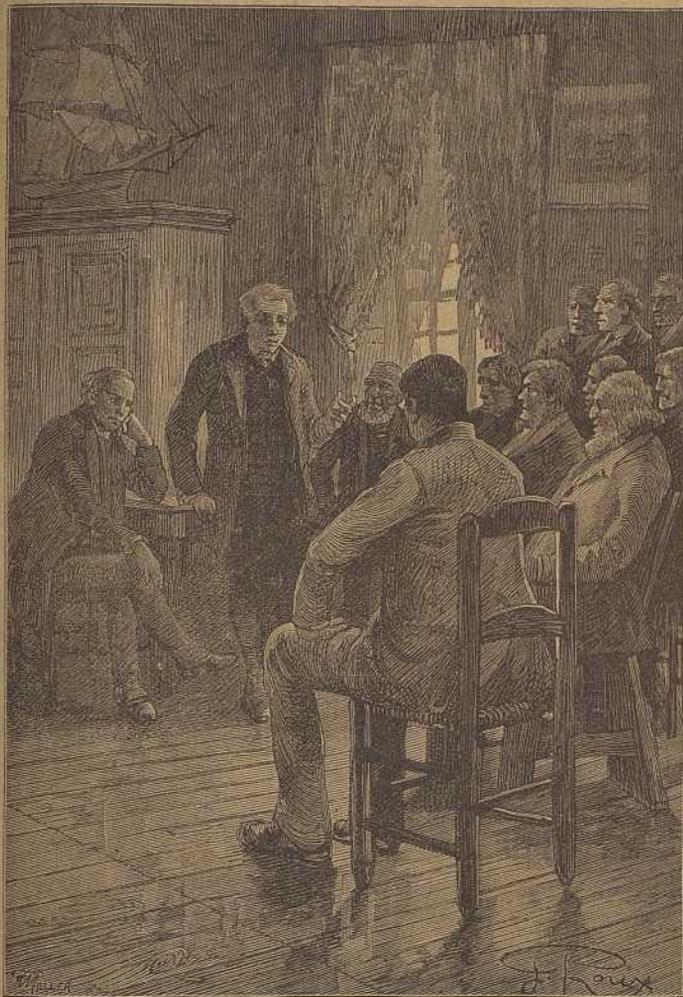
En cuanto á la nota que le remitió Sylvius Hog, nota que indicaba el presunto lugar del naufragio, aprobó en absoluto las conclusiones. En la parte de mar comprendida entre Islandia y la Groenlandia, era donde había que buscar á los sobrevivientes, ó, por lo menos, algún resto del *Viken*. Si el Comandante no obtenía resultado alguno, iría á explorar las aguas vecinas, y tal vez el mar de Baffin sobre la costa oriental.

— Estoy pronto á partir, señor Hog (añadió). Mi provisión de viveres y carbón está hecha; mi tripulación á bordo, y puedo aparejar hoy mismo, si os parece.

— Os doy gracias, Comandante (respondió el profesor), y os estoy reconocido por la acogida que me habéis hecho. Pero una pregunta todavía: ¿podréis decirme cuánto tiempo os será necesario para llegar á las aguas de Groenlandia?

(1) Montañas de hielo.

(1) Campo de hielo.



Sylvius les puso al corriente.

—Mi aviso puede hacer once nudos por hora, y como la distancia desde Bergen á aquel punto es próximamente de veinte grados, cuento con llegar en menos de ocho días.

—Daos toda la prisa posible, Comandante (respondió Sylvius Hog). Si algunos náufragos han podido escapar á la catástrofe, hace ya dos meses que se encuentran en el mayor abandono, muriendo de hambre en alguna costa tal vez desierta....

—No hay tiempo que perder, señor Hog. Hoy mismo me haré á la mar con la marea alta; caminaré con mi máximun de velocidad, é inmediatamente que recoja un indicio cualquiera, informaré

á la marina de Christiania por el cable de Terranova.

—Partid, pues, Comandante (respondió Sylvius Hog); ¡y quiera Dios salgais bien de vuestra empresa!

Aquel mismo día, el *Telégrafo* aparejaba, saludado por los simpáticos hurras de toda la población de Bergen. Y no sin viva emoción se le vió sortear los pasos y desaparecer después detrás de los islotes del fiord.

Sylvius Hog no limitó sus esfuerzos á la expedición que acababa de encargar al aviso *Telégrafo*. Según pensaba, podía hacerse más todavía, multiplicando los medios de encontrar alguna huella

del *Viken*. ¿No era posible excitar la emulación de los barcos de comercio y de pesca para que pres-taran su concurso en las investigaciones mientras navegaban en los mares de las Feroë y la Islandia? ¡Si, sin duda! Prometiò, pues, en nombre del Estado, un premio de dos mil marcos à todo buque que proporcionase un indicio relativo al barco perdido, y de cinco mil al que repatriara uno de los supervivientes al naufragio.

De esta manera Sylvius Hog, durante los días que pasó en Bergen, hizo todo cuanto era posible hacer para asegurar el éxito de aquella campaña. En ello fué perfectamente secundado por su amigo Help Junior, y por las autoridades marítimas.

M. Help hubiera deseado conservarle à su lado durante algún tiempo todavía; pero Sylvius Hog se negó à prolongar su estancia.

Estaba impaciente por hallarse al lado de Hulda y de Joël, à quienes temia dejar entregados à si mismos por largo tiempo.

Pero Help Junior convino con él en que, si llegaba alguna noticia, le sería transmitida inmediatamente à Dal. À él sólo pertenecía el cuidado de instruir à la familia Hansen.

El 4, por la mañana, Sylvius Hog, después de haberse despedido de su amigo Help Junior, se embarcó en el *Run* para atravesar el fiord del Hardanger, y, à menos de experimentar retrasos improbables, contaba estar de vuelta en el Telemark en la noche del 5.

XIV.

El mismo día en que Sylvius Hog había abandonado à Bergen, ocurrió una grave escena en la posada de Dal.

Después de la partida del profesor, hubiérase dicho que el buen genio de Hulda y de Joël se había llevado, con su última esperanza, la vida entera de aquella desgraciada familia.

Era como una casa muerta que Sylvius Hog dejaba tras de sí.

Durante aquellos dos días no llegó à Dal ningún turista. Joël no tuvo, pues, ocasión de ausentarse, y pudo permanecer al lado de Hulda, à quien hubiera sentido mucho dejar sola.

En efecto: la señora Hansen estaba cada día más dominada por sus secretas inquietudes. Parecía haberse desligado de todo lo que tenía relación con sus hijos, hasta con la pérdida del *Viken*. Vivía aparte, retirada en su habitación, presentándose sólo à la hora de las comidas. Pero cuando dirigía la palabra à Hulda ó à Joël, era siempre

para dirigirles reproches directos ó indirectos con respecto al billete de lotería, del que no querían deshacerse à ningún precio.

No habían cesado de producirse las ofertas. Llegaban de todas las partes del mundo. Era como una locura que se había apoderado de ciertos cerebros. ¡No! No era posible que el tal billete no estuviese predestinado para ganar el lote de cien mil marcos.

¡Parecía que no había más que un número en aquella lotería, y aquel número era el 9672!

El inglés de Manchester y el americano de Boston llevaban, como siempre, la ventaja. El inglés había conseguido sobrepujar à su rival en algunas libras. Pero à su vez fué muy pronto adelantado en muchos centenares de dollars.

La última puja era de ocho mil marcos, lo que no podía explicarse sino por una verdadera monomanía, à menos que no se tratase de una cuestión de amor propio entre la América y la Gran Bretaña.

Hulda respondía negativamente à todas aquellas proposiciones, por ventajosas que fuesen, lo que acabó por provocar las más amargas recriminaciones de la señora Hansen.

— ¡Y si yo te ordenase ceder ese billete! (dijo un día à su hija.) ¡Si, si yo te lo ordenase!

— Madre mia, con harto sentimiento, con la mayor desesperación, me vería obligada à responderos por una negativa.

— ¡Y si fuera absolutamente preciso!

— ¿Por qué había de serlo? — preguntó sorprendido Joël.

La señora Hansen nada replicó. Ante aquella pregunta tan claramente hecha, se puso densamente pálida, y se retiró, murmurando palabras ininteligibles.

— ¡Aquí hay algo grave (dijo Joël); y debe ser algún asunto entre nuestra madre y Sandgoist!

— Sí, hermano mio; hay que temer complicaciones enfadosas para el porvenir.

— ¡Mi pobre Hulda! ¡Acaso no hemos sufrido bastante desde hace algunas semanas! ¿Qué nueva catástrofe puede amenazarnos todavía?

— ¡Ah! ¡Cuánto tarda en volver el señor Sylvius! (dijo Hulda.) Cuando él está aquí, me siento menos desesperada...

— Y, sin embargo, ¿qué podría hacer por nosotros? — respondió Joël.

¿Pero qué existía en el pasado de la señora Hansen que no quisiese confiar à sus hijos? ¿Qué amor propio mal entendido la impedía decirles el motivo de sus inquietudes? ¿Tenía algún reproche que hacerse? Por otra parte, ¿por qué aquella presión que quería ejercer sobre su hija à propo-

sito del billete de Ole-Kamp y del valor que había alcanzado? ¿De dónde procedía el que se mostrase tan ávida por realizarle? Hulda y Joël iban por fin á saberlo.

El 4 de Julio, por la mañana, Joël había conducido á su hermana á la capillita donde Hulda iba todos los días á rogar por el desgraciado náufrago.

Allí aguardaba á que terminase sus oraciones, para volver á acompañarla hasta la casa.

Aquel día, á su vuelta, percibieron de lejos, bajo los árboles, á la señora Hansen, que marchaba rápidamente, dirigiéndose hacia la posada.

No está sola. Un hombre la acompañaba; un hombre que debía hablar en alta voz, y cuyos gestos parecían ser imperiosos.

Hulda y su hermano se detuvieron súbitamente.

—¿Quién es ese hombre?—dijo Joël.

Hulda dió algunos pasos más.

—Le reconozco,—dijo.

—¿Le reconoces?

—Sí, es Sandgoist.

—¿Sandgoist de Drammen, el que ha venido ya á casa durante mi ausencia?

—¡Sí!

—¿Y que se conducía como dueño, como si tuviese derechos sobre nuestra madre...., sobre nosotros tal vez?....

—El mismo, Joël; y sin duda vuelve hoy para ejercitar esos derechos....

—¿Y cuáles son?.... ¡Ah!.... ¡Esta vez yo sabré cuál es la pretensión de ese hombre!....

Joël se contuvo, no sin trabajo, y, seguido de su hermana, fué á colocarse un poco separado del camino.

Algunos minutos después, la señora Hansen y Sandgoist llegaban á la puerta de la posada. Sandgoist entraba el primero.

La puerta se cerraba tras ellos, y ambos se instalaban en el salón.

Joël y Hulda se acercaron á la casa, donde resonaba la voz irritada de Sandgoist. Se detuvieron, y escucharon. La señora Hansen hablaba entonces, pero en tono suplicante.

—Entremos,—dijo Joël.

Y ambos, Hulda con el corazón oprimido, Joël temblando de impaciencia y de cólera, entraron en el salón, cuya puerta volvieron á cerrar cuidadosamente.

Sandgoist estaba sentado en el sillón, del que ni aun se movió al percibir á los dos hermanos, contentándose tan sólo con volver la cabeza y mirarlos por encima de sus anteojos.

—¡Ah! ¡he aquí á la encantadora Hulda, si no me equivoco!—dijo, con un tono que desagradó á Joël.

La señora Hansen estaba de pie ante aquel hombre en actitud humilde y temerosa. Pero al ver á sus hijos se irguió apresuradamente, y pareció muy contrariada con su presencia.

—¿Su hermano, sin duda?—añadió Sandgoist, designando á Joël.

—Sí, su hermano,—respondió éste.

Y avanzando unos pasos hasta encontrarse junto al sillón:

—¿Qué es lo que deseáis?—preguntó.

Sandgoist le dirigió una malévola mirada, y con su voz dura y antipática, sin levantarse:

—Voy á deciroslo, joven (dijo). Llegáis á tiempo. Tenia ganas de hablaros, y si vuestra hermana es razonable, concluiremos por entendernos. Pero sentaos, y vos también, jovencita.

Sandgoist les invitaba á sentarse, como si estuviese en su casa.

Joël se lo hizo observar.

—¡Ah! ¡ah! ¿Eso os molesta? ¡Diablo! ¡He aquí un mancebo que no tiene el aire acomodaticio!

—Asi es en verdad (replicó Joël): y que no acepta los cumplimientos sino de aquellos que tienen el derecho de dirigirseles.

—¡Joël!—dijo la señora Hansen.

—¡Hermano!.... ¡hermano!....—añadió Hulda con suplicante mirada.

Éste hizo un violento esfuerzo para dominarse, y, á fin de no ceder á la tentación de arrojar á la calle á aquel grosero personaje, se retiró á un rincón de la sala.

—¿Puedo hablar ahora?—preguntó entonces Sandgoist.

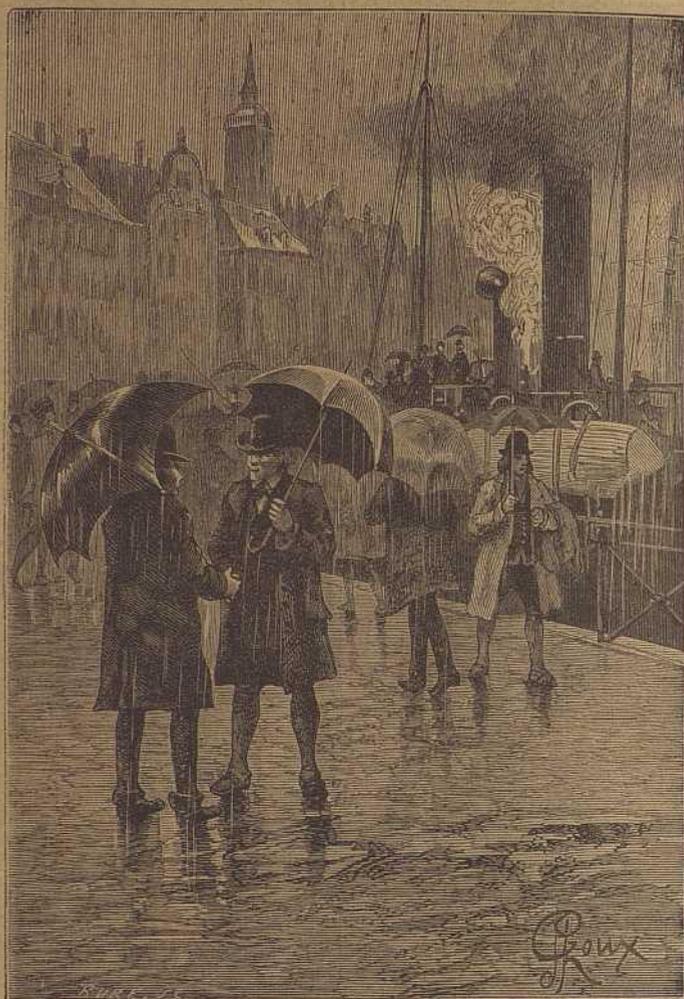
Un signo afirmativo de la señora Hansen fué toda la contestación que obtuvo. Pero parece fué lo suficiente.

—He aquí de lo que se trata (dijo); ruego á los tres me escuchéis atentamente, pues no gusto de repetir mis palabras.

Según se ve, se explicaba como hombre que se cree con el derecho de imponer su voluntad á los demás.

—He sabido por los periódicos (añadió), la aventura de un cierto Ole Kamp, joven marino de Bergen, y de un billete de lotería que ha enviado á su prometida Hulda, en el momento que su buque, el *Viken*, iba á sumergirse. He sabido igualmente que, entre el vulgo, se miraba ese billete como sobrenatural, en razón á las extraordinarias circunstancias con que se había encontrado. He sabido, además, que se le atribuye un valor especial en las probabilidades del sorteo. En fin: he sabido que se han hecho á Hulda proposiciones muy ventajosas para la cesión del billete.

Callóse por un momento. Después dijo:



Después de haberse despedido de su amigo.

—¿Es cierto todo eso?

La respuesta á esta última pregunta se hizo esperar algún tiempo.

—¡Sí!... Es cierto (dijo por fin Joël). ¿Y qué más?

—Helo aquí : mi opinión es que todas esas ofertas reposan sobre una suposición absurda. Pero no por eso han dejado de producirse, y supongo que irán creciendo á medida que se acerque el día del sorteo. Ahora bien: yo soy un comerciante. Veo en esto un negocio que me convendría tomar por mi cuenta, y he salido ayer de Drammen para venir á Dal, á fin de tratar de la cesión de ese billete, y rogar á la señora Hansen me dé la preferencia sobre los demás postores.

Hulda iba á responder á Sandgoist como lo había hecho á todas las demandas de aquel género, por más que no se hubiese dirigido directamente á ella, cuando Joël la detuvo.

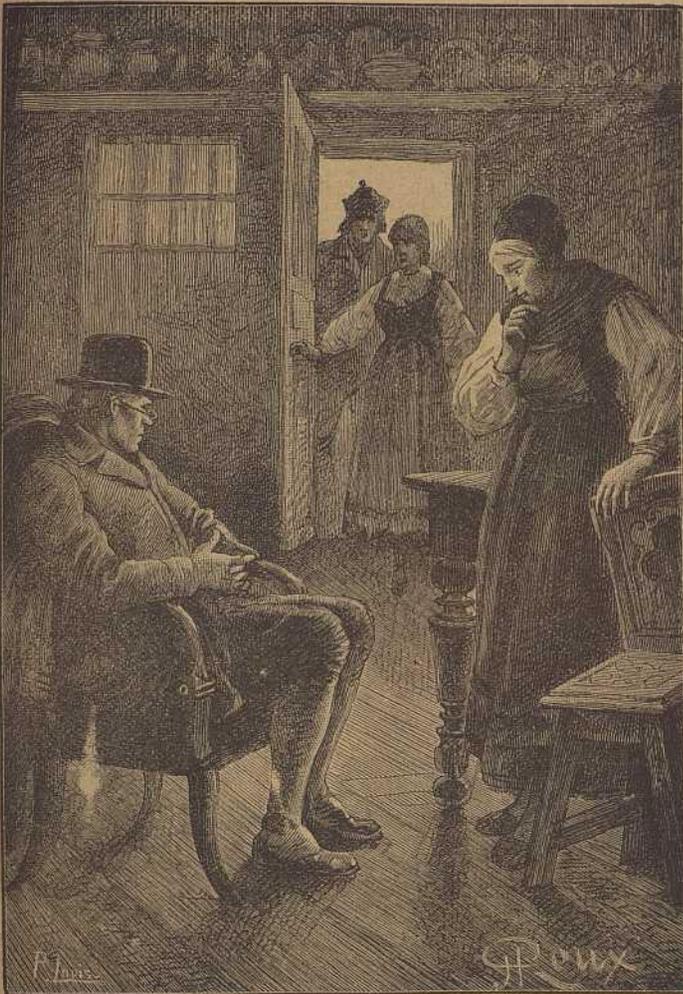
—Antes de responder al señor Sandgoist (dijo), le preguntaré si sabe á quién pertenece el billete.

—Á Hulda Hansen, según creo.

—Pues á Hulda Hansen es entonces á quien hay que preguntar si está dispuesta á deshacerse de él.

—¡Hijo mio!—dijo la señora Hansen.

—Dejadme acabar, madre mía (replicó Joël).
¿El billete no pertenecía legítimamente á nuestro



Sandgoïst estaba sentado en el gran sillón.

primo Ole Kamp, y Ole Kamp no tenía el derecho de legarle á su prometida?

—Incontestablemente,—respondió Sandgoïst.

—Luego á Hulda Hansen hay que dirigirse para obtenerle.

—Sea, señor formalista (respondió Sandgoïst).

Pido, pues, á Hulda me ceda el billete señalado con el número 9672, legado por Ole Kamp.

—Señor Sandgoïst (respondió la joven, con voz firme): muchas proposiciones se me han hecho respecto á ese billete, pero inútilmente. Os respondo lo mismo que he respondido hasta aquí. Si mi prometido me ha dirigido ese billete con su último adiós, es porque ha querido que yo le

guarde, no que le venda. No puedo, pues, deshacerme de él á ningún precio.

Dicho esto, Hulda se disponía á retirarse, considerando que la entrevista, por lo que á ella se refería, debía quedar terminada con su negativa formal.

Á un gesto de su madre, se detuvo.

Un movimiento de despecho que ésta no pudo reprimir, indicó la contrariedad que experimentaba, y Sandgoïst, por el fruncimiento de sus cejas y el brillo de su mirada, dejó ver que la cólera empezaba á apoderarse de él.

—¡ Si! Quedaos, Hulda (dijo). Esa no puede ser vuestra última palabra, y si insisto, es porque

tengo el derecho de insistir. Pienso, por otra parte, que me he explicado mal, ó, más bien, que no me habéis comprendido. Cierto es que las probabilidades de ese billete no han crecido porque la mano de un náufrago le haya encerrado en una botella que ha sido recogida con la mayor oportunidad; pero no hay que razonar con el entusiasmo del vulgo. No hay duda que muchos han deseado ser sus poseedores. Se han ofrecido muchos para comprarle, y es evidente que seguirán ofreciéndose aún. Ló repito: esto se presenta como un negocio, y un negocio es lo que vengo á proponeros.

—Algún trabajo os ha de costar entenderos con mi hermana, caballero (respondió irónicamente Joël). ¡Cuando decis: «negocio», ella os responde: «sentimiento»!

—Palabras..., palabras.... (respondió Sandgoist). Cuando mi explicación quede terminada, veréis que sí, para mí, es un negocio ventajoso, también lo es para ella, y aún me atreveré á decir que para su madre, la señora Hansen, que se encuentra directamente interesada.

Joël y Hulda se miraban: ¿iban á saber lo que la señora Hansen les había ocultado hasta entonces con tanto cuidado?

—Continúo (dijo Sandgoist). Yo no he pretendido ni pretendo que ese billete me sea cedido por el precio que le ha costado á Ole Kamp. ¡No!.... Con razón, ó sin razón, ha adquirido cierto valor mercantil, y estoy dispuesto á hacer un sacrificio para poseerle.

—Se os ha dicho (replicó Joël) que Hulda ha rechazado ya proposiciones superiores á todo cuanto pudierais ofrecer....

—¡Proposiciones superiores! (exclamó Sandgoist.) ¿Y qué sabéis vos?

—Además, sean las que sean, mi hermana las rechaza, y yo apruebo su conducta.

—Veamos: ¿con quién tengo que entenderme, con Joël ó con Hulda Hansen?

—Mi hermana y yo no somos más que uno (respondió Joël). ¡Sabedlo, señor, ya que aparentáis ignorarlo!

Sandgoist, sin desconcertarse, hizo un movimiento de hombros, y como hombre seguro de sus argumentos, añadió:

—Cuando he hablado de un precio á cambio del billete, hubiera debido decir que he de ofrecer os ventajas tales, que, en interés de su familia, Hulda no podrá rechazarlas.

—¿Estáis seguro?

—¡Y ahora, joven, sabed que no he venido á Dal para rogar á vuestra hermana que me ceda su billete! ¡No! ¡Mil diablos! ¡No!

—¿Qué pedís entonces?

—¡Yo no pido; exijo..., quiero!....

—¿Y con qué derecho (gritó Joël); con qué derecho vos, un extraño, osáis hablar así en casa de mi madre?

—Con el derecho que tiene todo hombre (respondió Sandgoist) de hablar cuando le place y como le place cuando está en su casa.

—¡En su casa!

Joël, en el colmo de la indignación, marchó hacia Sandgoist, que, aunque no se espantaba con facilidad, se había levantado precipitadamente del sillón.

Pero Hulda contuvo á su hermano, mientras la señora Hansen, con la cabeza oculta entre sus manos, retrocedía hasta la otra extremidad del salón.

—¡Hermano..., mirala!....—gritó la joven.

Joël se detuvo de repente. La vista de su madre había paralizado su furor. Todo, en su actitud, revelaba hasta qué punto la señora Hansen estaba en poder de Sandgoist.

Éste recobró la ventaja al ver vacilar á Joël, y volvió despacio al sitio que anteriormente ocupaba.

—¡Sí, en su casa! (gritó con voz más amenazadora todavía). Después de la muerte de su marido, la señora Hansen se ha entregado á especulaciones que no han tenido buen resultado. Ha comprometido la escasa fortuna que al morir había dejado vuestro padre. Ha tenido que tomar dinero en casa de un banquero de Christiania. Falta de recursos, ha hipotecado esta casa en garantía de una suma de quince mil marcos que le ha sido prestada mediante una obligación en toda regla, obligación que yo, Sandgoist, he comprado á su acreedor. Esta casa, pues, será la mía, y muy pronto, si no se me paga el día del vencimiento.

—¿Cuándo vence el plazo?—preguntó Joël.

—El 20 de Julio, dentro de diez y ocho días (respondió Sandgoist). Y aquel día, que os agrade ó no, estaré aquí en mi casa.

—Si no habéis sido reembolsado antes de aquella fecha (repuso Joël). Entretanto, os prohibo continuéis hablando como hasta aquí delante de mi madre y de mi hermana.

—¡Me prohíbe.... á mí!.... (gritó Sandgoist). ¿Y su madre me lo prohíbe también?

—¡Hablad, madre mía!—dijo Joël, dirigiéndose á su madre y procurando separar sus manos de su rostro.

—¡Joël!.... ¡hermano mio!.... (gritó Hulda). ¡Por piedad para ella..., te lo suplico..., cálmate!

La señora Hansen, con la cabeza inclinada, no se atrevía á mirar á su hijo. ¡Era demasiado cier-

to! Algunos años después de la muerte de su marido había intentado acrecentar su fortuna, entregándose á especulaciones aventuradas. El poco dinero de que disponía se había disipado prontamente.

Fué necesario recurrir á préstamos ruinosos. Y al presente, una escritura de hipoteca sobre su casa había pasado á manos de aquel Sandgoïst, de Drammen, un hombre sin corazón, un usurero bien conocido y detestado en el país. La señora Hansen le había visto por primera vez el día que había venido á Dal á fin de conocer el valor de la posada.

Éste era, pues, el secreto que pesaba sobre su vida. Esta la explicación de su actitud y su retraimiento, cual si hubiera querido ocultarse de sus hijos. Esto, en fin, lo que nunca había querido decir á aquellos cuyo porvenir había comprometido.

Hulda apenas se atrevía á pensar en lo que acababa de oír.

¡Sí! Sandgoïst era dueño de imponer su voluntad. El billete que hoy quería poseer no tendría ningún valor dentro de quince días, y el no entregarle sería la ruina, la casa vendida, la familia Hansen sin domicilio, sin recursos.... En una palabra: la miseria.

Hulda no se atrevía á mirar á su hermano. Pero éste, cegado por la cólera, no quiso oír nada de las amenazas del porvenir. No veía más que á Sandgoïst, y si aquel hombre volvía á hablar como lo había hecho antes, de seguro que no podría dominarse.

Sandgoïst, considerándose dueño de la situación, se hizo mucho más duro, más imperioso todavía.

—¡Ese billete le quiero, y le tendré! (repitió.) En cambio, no ofrezco un precio que es imposible establecer; pero sí prorrogar el plazo de la obligación suscrita por la señora Hansen por un año...., por dos.... ¡Fijad vos misma la fecha, Hulda!

Hulda, con el corazón oprimido por la angustia, no hubiera podido contestar. Su hermano respondió por ella, diciendo:

—El billete de Ole Kamp no puede ser vendido por Hulda Hansen. Mi hermana rehusa, pues, cualesquiera que sean vuestras pretensiones y vuestras amenazas. Y ahora, salid.

—¡Salid! (dijo Sandgoïst.) Pues bien: no...., no saldré.... Si la oferta que os he hecho no es suficiente...., iré aún más allá.... ¡Si!.... Á cambio de la cesión del billete, ofrezco...., ofrezco....

Preciso era que Sandgoïst tuviese un irresistible deseo de poseer el billete; preciso era también que estuviese convencido de que el negocio había de

ser muy ventajoso para él, porque corrió á sentarse ante la mesa, donde había papel, plumas y tintero.

Un momento después:

—¡He aquí lo que ofrezco!—dijo.

Era un recibo de la suma debida por la señora Hansen, por la que había dado en garantía la casa de Dal.

La señora Hansen, con las manos suplicantes, medio encorvada, miraba, imploraba á su desgraciada hija....

—Y ahora (replicó Sandgoïst), el billete.... le quiero...., le quiero hoy mismo...., al instante.... No me marche de Dal sin llevarmele. ¡Le quiero, Hulda....; le quiero!....

Sandgoïst se había acercado á la pobre joven, como si hubiera querido registrarla para arrancarla el billete de Ole....

Esto era ya más de lo que Joël podía soportar, sobre todo cuando oyó gritar á Hulda:

—¡Hermano!.... ¡Hermano!....

—¡Saldréis!—dijo.

Y como Sandgoïst rehusase salir, iba á lanzarse sobre él, cuando Hulda intervino.

—¡Madre mía (dijo), tomad el billete!

La señora Hansen se apoderó de él vivamente, y mientras le cambiaba por el recibo de Sandgoïst, Hulda se desplomaba sobre el sillón casi sin conocimiento.

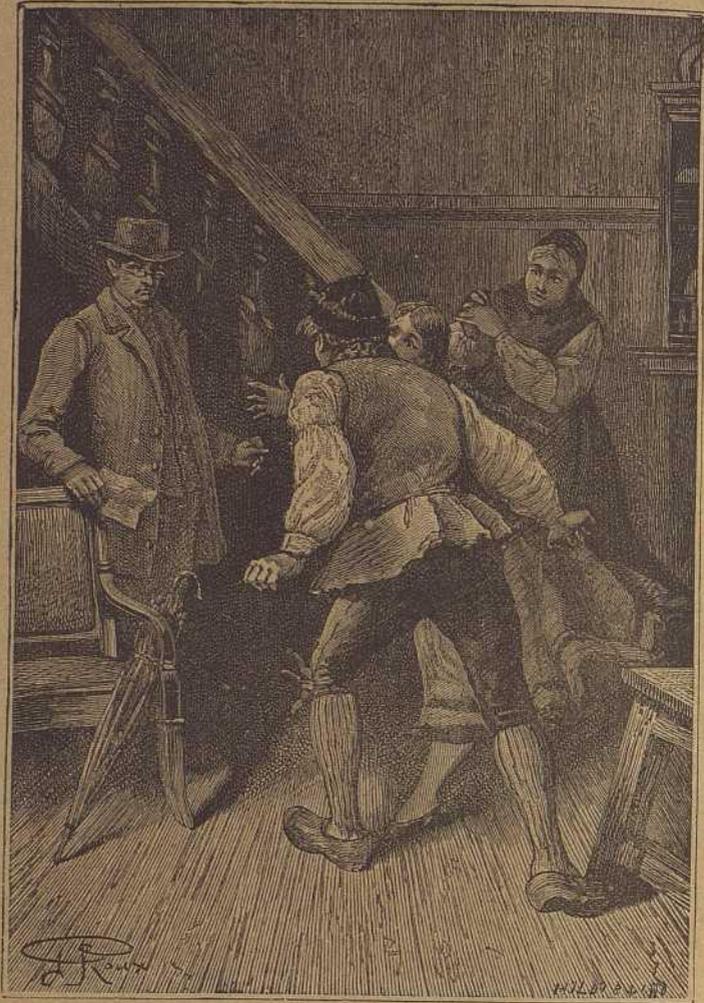
—¡Hulda!.... ¡Hulda!.... (gritó Joël.) ¡Vuelve en tí! ¡Ah, pobre hermana mía!.... ¿Qué has hecho?

—¿Qué ha hecho? (respondió la señora Hansen.) ¿Qué ha hecho?... ¡Sí; soy culpable! Si; en interés de mis hijos, he querido aumentar la herencia de su padre! ¡Sí; he comprometido su porvenir! ¡He llamado la miseria sobre esta casa!.... ¡Pero Hulda nos ha salvado á todos!.... ¡He aquí lo que ha hecho!.... ¡Gracias, Hulda....; gracias, hija mía!

Sandgoïst se mantenía en el mismo sitio. Joël le percibió, y, lanzándose sobre él, le levantó del suelo, a pesar de su resistencia y á pesar de sus gritos, y le arrojó fuera de la casa.

XV.

Al día siguiente, Sylvius Hog volvió á Dal por la tarde. Nada dijo de su viaje. Nadie supo que había ido á Bergen. Mientras las indagaciones comenzadas no diesen un resultado cualquiera, quería abstenerse de hablar á la familia Hansen. Toda carta ó despacho que viniese de Bergen ó de Christiania, debía serle dirigido personalmente á la po-



Hulda contuvo á su hermano.

sada, donde se proponía esperar los acontecimientos. ¿Esperaba siempre? ¡Sí! Pero, era necesario confesarlo, su esperanza era sólo un presentimiento.

Desde su vuelta, el profesor conoció que un grave acontecimiento había ocurrido durante su ausencia. La actitud de Joël y de Hulda indicaba claramente que había tenido lugar una explicación entre ellos y su madre. ¿Había ocurrido alguna nueva desgracia á la familia Hansen?

Esta sospecha afligió profundamente á Sylvius Hog. Sentía por ambos hermanos una afección tan paternal, que no hubiera sido mayor si se tratase de sus propios hijos. ¡Cómo los había echado de

menos durante la corta ausencia, y, tal vez, cuánta falta les había hecho!

—¡Ellos hablarán! (se dijo.) ¡Será necesario que hablen! ¿Acaso no soy de la familia?

¡Sí! Sylvius Hog se creía ahora con el derecho de intervenir en la vida privada de sus jóvenes amigos: de saber por qué Joël y Hulda parecían más desgraciados de lo que eran en el momento de su partida.

No tardó en saberlo.

En efecto: ambos no deseaban sino confiarse al excelente hombre, á quien amaban con una afección filial. Esperaban, por decirlo así, que les interrogase. Después de dos días, se habían



Sylvius Hog había escuchado esta triste relación.

sentido de tal modo abandonados, tanto más, cuanto que Sylvius Hog no les había dicho adónde iba. ¡No! Jamás se les habían hecho tan largas las horas.

Para ellos esta ausencia no podía relacionarse con las indagaciones del *Viken*, y no les había venido al pensamiento el que Sylvius Hog hubiera querido ocultar este viaje, para evitarles una suprema desilusión, en el caso de no tener éxito en sus gestiones.

Y ahora, ¡cuán necesaria les era su presencia! Tenían necesidad de verle, de tomar sus consejos, de oír su voz, siempre tan afectuosa, tan consoladora.

Pero, ¿se atreverían á decir lo que había pasado entre ellos y el usurero de Drammen, y cómo la señora Hansen había comprometido el porvenir de la casa? ¿Qué pensaría Sylvius Hog cuando supiese que el billete no estaba en poder de Hulda, que la señora Hansen le había empleado para librarse de su implacable acreedor?

Iba á saberlo, sin embargo. ¿Quién empezó á hablar? ¿Sylvius Hog, ó Joël y Hulda? No se sabe. Pero poco importa. Lo cierto es que el profesor estuvo bien pronto al corriente del asunto. Supo cuál había sido la situación de la señora Hansen y de sus hijos. En quince días el usurero les hubiese arrojado de la posada de Dal, si la deuda

no hubiese sido satisfecha por la cesión del billete.

Sylvius Hog había escuchado esta triste narración, que le hizo Joël en presencia de su hermana.

—¡No era necesario deshacerse del billete! (gritó de repente.) ¡No!.... No era necesario.

—¿Podía negarme, señor Sylvius?—respondió la joven, profundamente turbada.

—¡No!.... Sin duda no podiais.... Y, sin embargo.... ¡Ah! ¡si hubiese estado aquí!

¿Y qué habría hecho, si hubiese estado allí, el profesor Sylvius Hog?

No dijo nada, y replicó:

—¡Sí, mi querida Hulda; sí, Joël! En suma, habéis hecho lo que debiais hacer. Pero lo que me encoleriza es que sea Sandgoist el que aproveche la supersticiosa preocupación del vulgo. Si se atribuye al billete del pobre Ole un valor sobrenatural, él es quien lo va á explotar. Y, sin embargo, el creer que este número 9672 sea necesariamente favorecido por la suerte, es ridiculo, absurdo. En fin: para concluir, yo tal vez no hubiera dado el billete. Después de haberlo rehusado á Sandgoist, Hulda hubiera hecho mejor en rehusarlo á su madre.

Los dos hermanos no pudieron responder nada á todo lo que acababa de decir Sylvius Hog. Entregando el billete á la señora Hansen, Hulda habia obedecido á un sentimiento filial, del que no se la podia censurar. El sacrificio á que se habia resuelto, no era el de las probabilidades más ó menos dudosas que representaba aquel billete en el sorteo de la lotería de Christiania; era el sacrificio de la última voluntad de Ole Kamp: era el abandono del último recuerdo de su prometido.

En fin, no habia ya que hablar de ello; Sandgoist tenia el billete, le pertenecía. Le pondria á subasta. ¡Un malvado usurero iba á hacer dinero con la conmovedora despedida del naufrago!

¡No! Sylvius Hog no podia acostumbrarse á esto.

Así que, aquel mismo día quiso tener, con este motivo, una conversación con la señora Hansen, conversación que no podia cambiar en nada el estado de las cosas, pero que era necesaria entre ellos.

Se encontró, por otra parte, enfrente de una mujer muy práctica, que, á no dudarle, tenia más buen sentido que corazón.

—¿Conque es decir, que me censuráis, señor Hog?—dijo, después de haber dejado al profesor hablar á su gusto.

—Ciertamente, señora Hansen.

—Si me reprocháis por haberme imprudente-

mente lanzado en malos negocios, de haber comprometido la fortuna de mis hijos, tenéis razón. Pero si me reprocháis de haber obrado como lo he hecho, para librarme de un compromiso, sois injusto conmigo. ¿Qué tenéis que responder á esto?

—Nada.

—¿Acaso era de rehusar la oferta de Sandgoist, que, después de todo, ha pagado quince mil marcos por la cesión de un billete, cuyo valor no se basa en nada? Os lo vuelvo á preguntar, ¿era necesario rehusar?

—Si y no, señora Hansen.

—No es sí y no, señor Hog; es no. En la situación que conocéis, si el porvenir no hubiese sido tan amenazador (por mi falta, convengo en ello), hubiera comprendido la negativa de Hulda.... ¡Si!.... Hubiera comprendido que no quisiera ceder por ningún precio el billete que habia recibido de Ole Kamp. Pero cuando se trataba de ser arrojados dentro de algunos días de una casa donde mi marido ha muerto, en que mis hijos han nacido no lo comprendo, y vos mismo, señor Hog, en mi lugar, habriais hecho otro tanto.

—¡No, señora Hansen, no!

—¿Y qué hubiérais hecho?

—Habria intentado todo, antes de sacrificar el billete que mi hija habia recibido en semejantes circunstancias.

—¿Estas circunstancias lo hacen, pues, mejor?....

—Ni vos, ni yo, ni nadie lo sabemos.

—Lo sé, por el contrario, señor Hog. Este billete no es más que un papel que tiene novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve probabilidades de perder, contra una de ganar. ¿Le atribuis, pues, más valor del que tiene porque haya sido encontrado en una botella recogida en el mar?

Á esta pregunta tan precisa, Sylvius Hog no supo qué contestar. Así que, volvió al aspecto sentimental del asunto, diciendo:

—La situación es la siguiente: Ole Kamp, en el momento del naufrago, ha legado á Hulda el único bien que le quedaba en el mundo. La ha recomendado que se encuentre presente, con el billete, el día del sorteo, si por alguna dichosa casualidad llegaba á sus manos....; y ahora este billete ya no está en manos de Hulda.

—Si Ole Kamp hubiese estado de vuelta (respondió la señora Hansen), no habria vacilado en ceder su billete á Sandgoist.

—Es posible (replicó Sylvius Hog); pero él solo tenia el derecho de cederlo. ¿Y qué le responderéis, si no ha muerto, si no ha perecido en este naufrago....; si volviese...., mañana...., hoy mismo?

—Ole no volverá (respondió la señora Hansen, con sorda voz). ¡Ole ha muerto, señor Hog, y bien muerto!

—¿Y qué sabéis, señora Hansen? (gritó el profesor, con un acento de convicción verdaderamente extraordinario). ¿Sabéis que se han empezado indagaciones, con el objeto de encontrar algún sobreviviente al naufragio? Pueden dar resultado, si, aun antes que tenga lugar el sorteo de esta lotería. No tenéis, pues, derecho á creer que Ole Kamp ha muerto, hasta que tengáis pruebas evidentes de que ha perecido en la catástrofe del *Viken*. Si ahora no hablo con esta seguridad á vuestros hijos, es porque no quiero darles una esperanza que puede traer muy dolorosas decepciones. Pero á vos, señora Hansen, os digo lo que pienso. ¡Y que Ole haya muerto, no! ¡No puedo creerlo! ¡No..., no quiero creerlo!... ¡No, no lo creo!

La señora Hansen no podía luchar con el profesor en el terreno á que había sido llevada la discusión. Así es que se callaba, y aquella norma, algo supersticiosa en el fondo, bajaba la cabeza, como si Ole Kamp hubiese estado á punto de aparecer ante ella.

—De todos modos, señora Hansen (replicó Sylvius Hog), antes de disponer del billete de Hulda, había una cosa muy sencilla que hacer, y que vos no habéis hecho.

—¿Cuál es, señor Hog?

—Era necesario dirigirse primeramente á vuestros amigos, á los amigos de vuestra familia. No hubieran rehusado indudablemente venir en vuestra ayuda, bien sustituyendo á Sandgoist en su crédito, ó bien adelantándoos la suma necesaria para pagarlo.

—¡Yo no tengo amigos, señor Hog, á los que pueda pedir este servicio!

—Si tenéis, señora Hansen, y conozco, por lo menos, á uno, que lo hubiese hecho sin titubear, y como un acto de reconocimiento.

—¿Y cuál es?

—Sylvius Hog, diputado del Storting.

La señora Hansen no pudo responder nada, y se contentó con inclinarse turbada delante del profesor.

—Pero lo hecho, hecho está, desgraciadamente (añadió Sylvius Hog). Os agradeceré mucho, señora Hansen, que no digáis á vuestros hijos nada respecto de esta conversación, de la cual debemos no volvernos á ocupar.

Y los dos se separaron.

El profesor había vuelto á su vida habitual y comenzado sus paseos cotidianos. Durante algunas horas visitaba con Joel y Hulda las cercanías de Dal, pero sin alejarse mucho, con el fin de no

fatigar á la joven. Cuando volvía á su cuarto, se ocupaba en la correspondencia, que no dejaba de ser importante. Escribía carta sobre carta á Bergen y á Christiania. Estimulaba el celo de todos los que concurrían á la buena obra de buscar el *Viken*. Su existencia se encontraba en este único pensamiento: ¡Encontrar á Ole, encontrar á Ole!

Hasta creyó deberse ausentar durante veinticuatro horas, por un motivo que sin duda debía relacionarse con aquel negocio que tanto interesaba á la familia Hansen. Pero guardó, como siempre, un secreto absoluto sobre lo que hacía ó hacía hacer acerca de este asunto.

Entretanto, la salud de Hulda, tan duramente castigada, no se restablecía sino muy lentamente. La pobre joven no vivía más que del recuerdo de Ole, y la esperanza que mezclaba á veces á este recuerdo, se debilitaba de día en día. Y, sin embargo, tenía entonces á su lado los dos seres á quienes más amaba en el mundo, y uno de ellos no cesaba de animarla. Pero, ¿bastaba esto? ¿No sería necesario distraerla á todo trance? ¿Y cómo arrancarla de estos pensamientos, á los que consagraba toda su alma, estos pensamientos, que la unían como por una cadena al naufragio del *Viken*?

Así se llegó al 12 de Julio.

Dentro de cuatro días debía verificarse el sorteo de las Escuelas de Christiania.

La especulación intentada por Sandgoist había llegado á conocimiento del público. Por sus cuidados, los periódicos habían anunciado que el «célebre y providencial billete», que llevaba el número 9672, había pasado á manos de M. Sandgoist, de Drammen, y que este billete, puesto en venta, pertenecería al que más ofreciese. Y si M. Sandgoist era el poseedor indudable del dicho billete, es porque le había comprado muy caro á Hulda Hansen.

Se comprende que este anuncio no podía menos de rebajar singularmente á la joven en la estimación pública. ¡Qué! ¿Hulda, seducida por un alto precio, se había decidido á vender el billete del naufragio del *Viken*, el billete de su prometido Ole Kamp?

¡Había hecho dinero con este último y triste recuerdo!

Pero una nota, publicada muy á tiempo en el *Morgen-Blad*, puso á los lectores al corriente de lo que había pasado. Se supo de qué naturaleza había sido la intervención de Sandgoist, y cómo el billete se encontraba en sus manos.

La reprobación pública cayó entonces sobre el usurero de Drammen, sobre aquel acreedor sin alma, que no había temido utilizar en su provecho las desgracias de la familia Hansen.

Y entonces ocurrió que, como por un acuerdo general, las ofertas que se habían hecho cuando Hulda poseía todavía el billete, no se renovaran con respecto al nuevo poseedor. Parecía que dicho billete no tenía ya el valor excesivo que se le atribuía desde que Sandgoist le había manchado con su tacto.

De modo que Sandgoist había llevado á cabo un negocio muy malo, y corría el riesgo de quedarse con el famoso número 9672.

No hay para qué decir que ni Hulda, ni el mismo Joël, estaban al corriente de lo que se decía, felizmente. Les hubiera sido muy penoso el verse mezclados en aquel enojoso asunto, que había tomado un carácter tan mercantil en manos del usurero.

El 12 de Julio, hacia el mediodía, llegó una carta dirigida al profesor Sylvius Hog.

Aquella carta, enviada por la marina, contenía otra, que estaba fechada en Christiansand, pequeño puerto situado á la entrada del golfo de Christiania.

Sin duda no decía nada de nuevo á Sylvius Hog, porque la metió en su bolsillo, y no habló ni á Joël ni á su hermana.

Solamente, en el momento de retirarse á su cuarto, dando las buenas noches, dijo:

—Lo sabéis, hijos míos; dentro de tres días se verificará el sorteo. ¿Pensáis asistir á él?

—¿Para qué, señor Sylvius?—respondió Hulda.

—Sin embargo (respondió el profesor); Ole ha querido que su prometida asistiese, ha hecho expresa recomendación en las últimas líneas que la ha escrito, y creo que es necesario obedecer á la última voluntad de Ole.

—Pero el billete no le tiene ya Hulda (respondió Joël); ¿y quién sabe á qué manos habrá ido á parar?

—No importa (respondió Sylvius Hog). Quiero, pues, que los dos me acompañéis á Christiania.

—¿Lo queréis, señor Sylvius?—respondió la joven.

—No soy yo, querida Hulda; es Ole el que lo quiere, y es necesario obedecer á Ole.

—Hermana, el señor Sylvius tiene razón (respondió Joël). ¡Sí! Es necesario. ¿Cuándo queréis partir, señor Sylvius?

—Mañana, al amanecer, ¡y que San Olaf nos proteja!

XVI.

Á la mañana siguiente, la kariol del contra-maestre Sengling conducía á Sylvius Hog y á

Hulda, sentados á los dos lados de la pequeña caja pintada.

Ya se sabe que no había sitio para Joël: el intrépido muchacho iba á pie, cerca del caballo, que sacudía suavemente la cabeza.

Catorce kilómetros entre Dal y Moel no era cosa que embarazase á este vigoroso andarín.

La kariol seguía, pues, el hermoso valle del Vestfjorddal costeano la ribera izquierda del Maan, valle estrecho y sombrío, regado por mil cascadas saltadoras que caen de varias alturas. Á cada vuelta del sinuoso camino se dejaba ver, y se volvía á perder de vista, la cima del Gousta, señalada por dos brillantes manchas de nieve.

El cielo era puro; el tiempo magnífico. El aire no muy vivo; el sol no muy caluroso.

Observación singular: desde que Sylvius Hog había abandonado la casa de Dal, parecía que su figura se había serenado. Sin duda se esforzaba un poco, á fin de que este viaje sirviese, por lo menos, de distracción á los pesares de Hulda y de Joël.

No fué necesario menos de dos horas y media para llegar á Moel, en la extremidad del lago Tinn, donde debía detenerse la kariol. No hubiera podido pasar más adelante, á menos de ser un carruaje flotante.

En aquel punto del valle comienza, en efecto, el camino de los lagos: allí se encuentra lo que se llama un «vandskyde», es decir, «un relevo de agua». Allí, en fin, esperan aquellas frágiles embarcaciones que hacen el servicio del Tinn, tanto en su longitud como en su latitud.

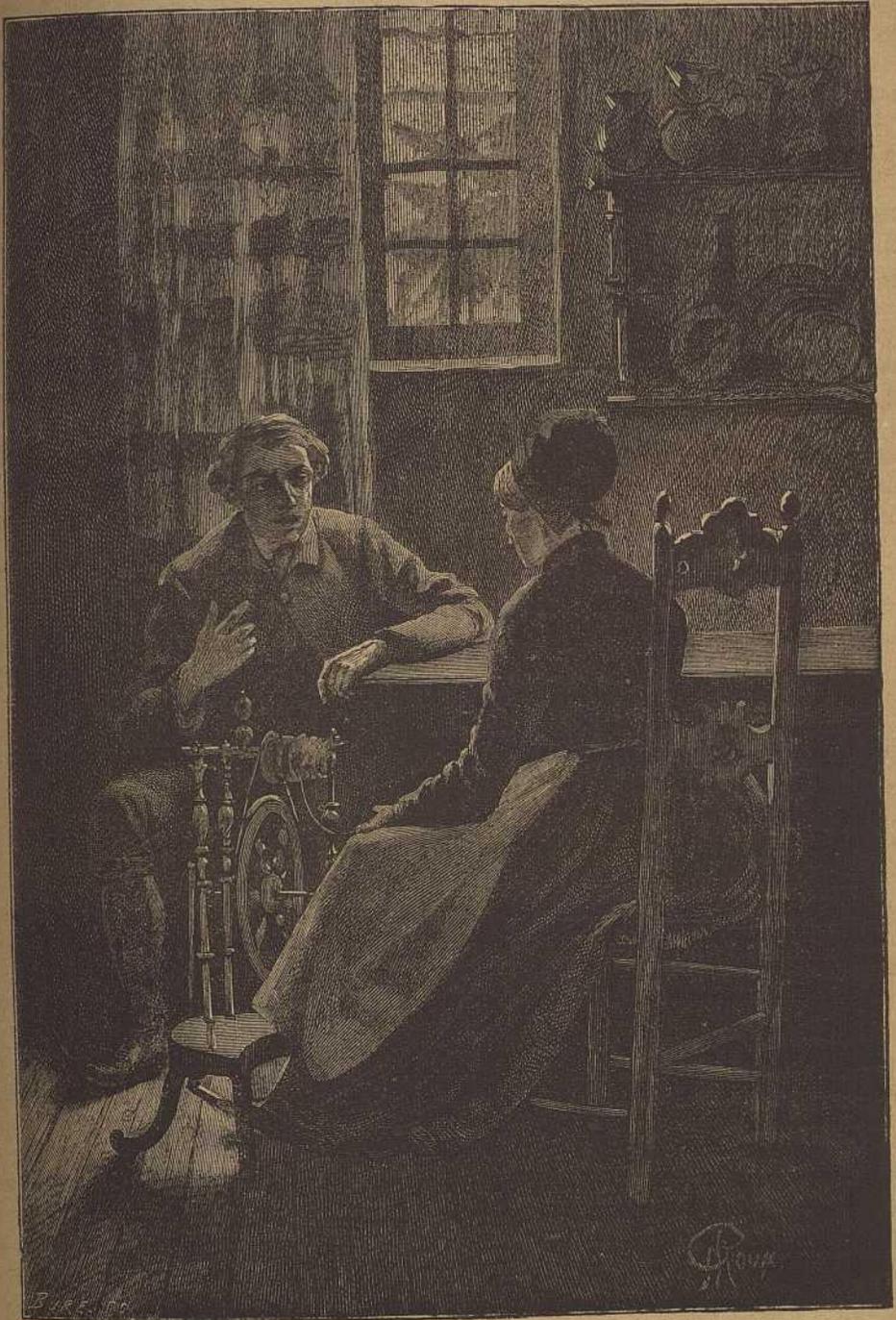
La kariol se detuvo cerca de la pequeña iglesia de la aldea, en la parte inferior de una cascada de más de quinientos pies de altura. Esta cascada, visible solamente en una quinta parte de su curso, se pierde en alguna profunda sima de la montaña, antes de ser absorbida por el lago.

Dos barqueros se encontraban sobre la punta extrema de la ribera. Una barca de corteza de aliso, cuyo equilibrio, absolutamente inestable, no permite un movimiento de una borda á otra á los viajeros que transporta, estaba dispuesta á desamarrar.

El lago aparecía entonces en toda su belleza matinal. El sol á su salida había bebido los vapores de la noche. No se hubiera podido desear día más hermoso de estío.

—¿Estáis muy fatigado, querido Joël?—preguntó el profesor, cuando hubo bajado de la kariol.

—No, señor Sylvius. ¿Acaso no estoy acostumbrado á estos largos paseos á través del Tele-mark?



Era preciso dirigiros á vuestros amigos.

—Es verdad. Decidme, ¿sabéis cuál es el camino más directo para ir á Christiania?

—Perfectamente, señor Sylvius. Una vez llegados á la extremidad del lago, en Tinoset.... Á pesar de que, no sé si encontraremos una kariol, por no haber enviado «forbuds» para prevenir nuestra llegada á la posada, como se hace habitualmente en el país....

—Estad tranquilo, amigo mio (respondió el profesor); he previsto el caso. Mi intención no es obligaros á hacer el camino á pie desde Dal hasta Christiania.

—¡Si fuese necesario!.... —dijo Joël.

—No lo será. Volvamos á nuestro itinerario, y decidme cuál es el que vais á seguir.

—Pues bien: una vez en Tinoset, señor Sylvius, bordearemos el lago Fol, pasando por Vik y Bolkesjö, á ganar Möse, y de allí á Kongsberg, Hangsund y Drammen. Si viajamos noche y día, no nos será imposible llegar mañana al mediodía á Christiania.

—¡Muy bien, Joël! Veo que conocéis el país, y he aquí, en verdad, un agradable itinerario.

—Es el más corto.

—Pues bien, Joël; me río del más corto, ¿me entendéis? (replicó Sylvius Hog.) ¡Sé de otro que no alarga el viaje más que algunas horas! ¡Y ese, le conocéis, amigo mio, por más que no habléis de él!

—¿Cuál es?

—El que pasa por Bamble.

—¿Por Bamble?

—¡Sí, Bamble! ¡Haceos el ignorante! ¡Bamble, donde vive el granjero Helmboë y su hija Siegfrid!

—¡Señor Sylvius!....

—Ese es el que tomaremos, y, rodeando el lago Fol por el Sur, en lugar de rodearle por el Norte, llegaremos al Kongsberg de la misma manera.

—¡Lo mismo, y aun mejor! —respondió Joël sonriendo.

—Gracias por mi hermano, señor Sylvius, —dijo la joven.

—¡Y por vos también, Hulda, porque imagino que tendréis gusto de ver, al pasar, á vuestra amiga Siegfrid!

La embarcación estaba dispuesta. Los tres tomaron asiento sobre un montón de verdes hojas, dispuestos á partir.

Los dos barqueros, remando y gobernando á la vez, se internaron en el lago.

Á medida que se aleja de la ribera, el lago Tinn comienza á redondearse desde Hækenoës, pequeño gaard de dos ó tres casas, construido sobre un promontorio de rocas, al que baña el estrecho fiord

en el cual se vierten apaciblemente las aguas del Maan.

El lago se encuentra aún muy encajonado, pero poco á poco, el fondo de las montañas se retira, y no se puede dar cuenta de su altura sino en el momento en que pasa una embarcación por su base, sin parecer más grande que un ave acuática.

Acá y allá se elevan una docena de islas ó islotes, áridos ó verdes, con algunas cabañas de pescadores. En la superficie del lago flotan troncos de árboles no escuadrados y multitud de trenes de madera procedentes de las vecinas serrerías.

Lo que hizo decir, chanceándose, á Sylvius Hog, por más que no tuviera ganas de chancearse:

—¡Si, según nuestros poetas escandinavos, los lagos son los ojos de Noruega, hay que convenir en que la Noruega tiene más de una viga en el ojo, como dice la Biblia!

Á cosa de las cuatro, la embarcación llegaba á Tinoset, simple aldea de las menos confortables. Poco importaba, por otra parte. La intención de Sylvius Hog no era la de detenerse ni siquiera una hora.

Según había dicho á Joël, un vehículo les aguardaba en la ribera. En previsión de este viaje, decidido hacia tiempo en su interior, había escrito á M. Benett, de Christiania, para que le asegurase los medios de viajar más cómodos y sin retraso.

Por eso el día prefijado se encontraba en Tinoset una vieja carretela con un arca bien provista de comestibles; de modo que este transporte, garantizado para todo el camino, y el alimento igualmente asegurado, les libraba de recurrir á los huevos medio hueros, á la leche cuajada, y al pisto de leche y azúcar de los gaards del Telemark.

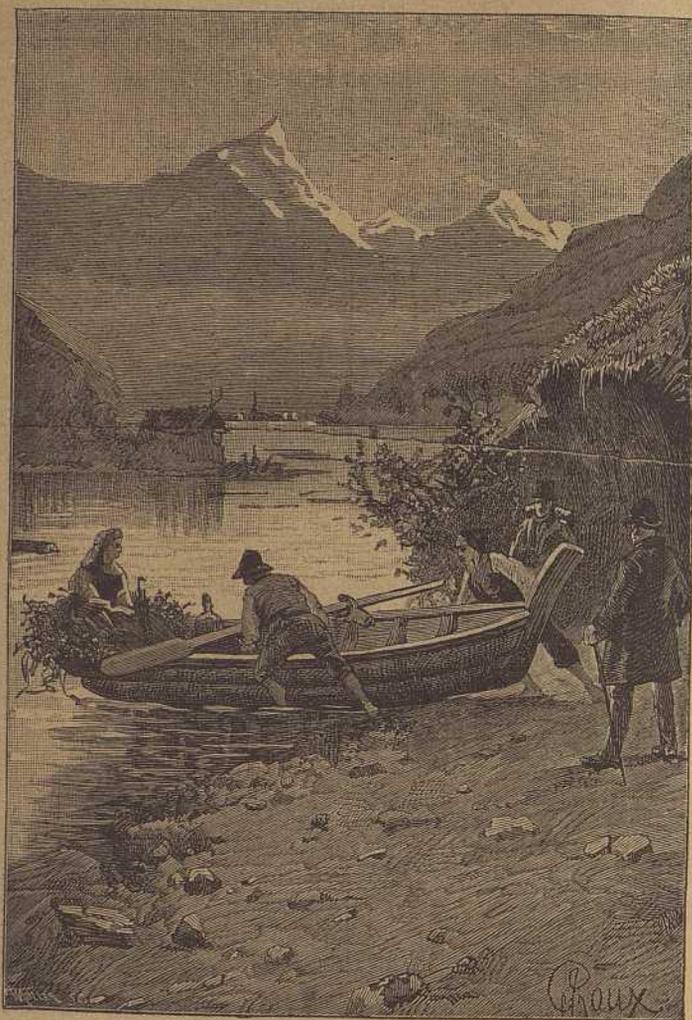
Tinoset está situado casi á la extremidad del lago Tinn. Allí, por una preciosa cascada, el Maan se precipita en el valle inferior, donde encuentra su curso regular.

Los caballos, traídos del relevo, estaban ya enganchados, y el coche tomó inmediatamente la dirección de Bamble.

En aquella época era la única manera de recorrer la Noruega en general y el Telemark en particular. Y tal vez los caminos de hierro harán echar de menos á los turistas la kariol nacional y las carretelas de M. Benett.

No hay para qué decir que Joël conocía perfectamente aquella porción de la bailia, que tantas veces había atravesado entre Dal y Bamble.

Eran las ocho de la noche, cuando Sylvius Hog,



El lago aparecía entonces en toda su belleza.

el hermano y la hermana llegaron á aquella pequeña localidad.

No les esperaban: no por eso el granjero Helmboë dejó de hacerles la mejor acogida. Siegfrid abrazó cariñosamente á su amiga, á quien encontró muy pálida á causa de tantos dolores. Durante algunos instantes, las dos jóvenes se quedaron solas, cambiando sus penas.

—Te ruego, querida Hulda (dijo Siegfrid), que no te dejes abatir por la pena. Yo no he perdido la confianza. ¿Por qué renunciar á toda esperanza de volver á ver á nuestro pobre Ole. Hemos visto por los periódicos que se ocupaban de buscar el *Viken*. Las investigaciones darán un buen resultado....

Mira. ¡Estoy segura que el señor Sylvius espera todavía!.... ¡Hulda...., querida mia...., te lo suplico...., no desesperes!

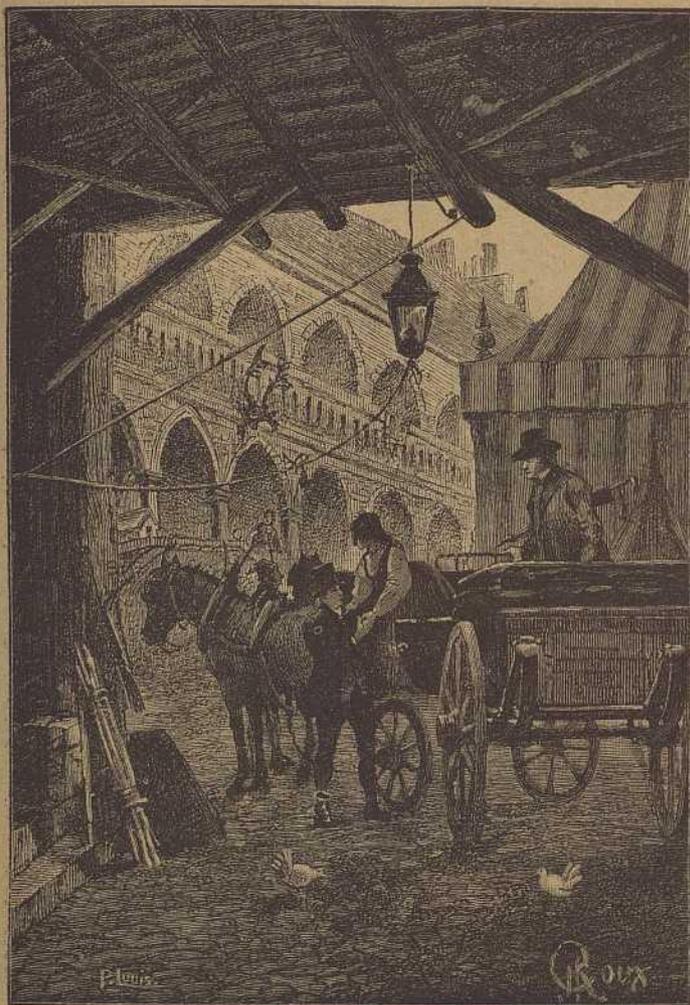
Hulda, por toda respuesta, no hacía más que llorar, y Siegfrid la consolaba y estrechaba sobre su corazón.

¡Ah! ¡qué alegría hubiese reinado en la casa del granjero Helmboë, en medio de aquellas honradas gentes, sencillas y buenas, si todos hubiesen tenido el derecho de ser felices!

—¿Conque vais directamente á Christiania?— preguntó el granjero á Sylvius Hog.

—Sí, señor Helmboë.

—¿Para asistir al sorteo?



La carretela se detuvo delante del hotel Victoria.

—Sin duda.

—¿Y para qué, puesto que el billete de OleKamp está ahora en manos del miserable Sandgoist?

—Esa es la voluntad de Ole (respondió el profesor), y es necesario respetarla.

—¡Se dice que el usurero de Drammen no ha podido encontrar quien adquiriese el billete que tan caro le costó!

—Así se dice, en efecto, señor Helmboë.

—Me alegro: se encuentra lo que merece ese villano, ese bribón, señor Hog; ¡si!... ¡ese bribón!... Bien merecido lo tiene.

Naturalmente, hubo que cenar en la granja. Siegrid ni su padre habrían dejado partir a sus

amigos antes de que hubiesen aceptado esta invitación. Pero importaba no retardarse, si se quería ganar durante la noche las horas perdidas por la detención en Bamble.

A cosa de las nueve, los caballos del relevo fueron traídos por uno de los mozos del gaard, que se ocupaba en engancharlos.

—En mi próxima visita, querido señor Helmboë (dijo Sylvius Hog al granjero), me quedará seis horas a la mesa, si lo exigis! ¡Pero hoy os pediré el permiso de reemplazar los postres por un buen apretón de manos que me daréis, y por un beso que vuestra encantadora Siegrid dará a mi pequeña Hulda!

Hecho esto se pusieron en camino.

Bajo aquella elevada latitud, el crepúsculo debía prolongarse aun durante algunas horas. El horizonte continuó siendo bastante visible después de la postura del sol; tan pura era la atmósfera.

El camino que conduce de Bamble á Kongsberg, pasando por Hitterdal y la parte Sur del lago Fol, es bastante accidentado. De este modo atraviesa toda la porción del Telemark, comunicando entre sí los pueblos, aldeas y gaards de los alrededores.

Una hora después de la partida, Sylvius Hog, sin detenerse, pudo percibir la iglesia de Hitterdal, antiguo edificio muy curioso, cubierto de pináculos que se elevan los unos sobre los otros, sin cuidarse de la regularidad de las líneas. El conjunto es de madera, desde los muros, formados por maderos unidos y tablas sobrepuestas, hasta la extremidad del campanario. Este amontonamiento de garitas es, según parece, un monumento venerable y venerado de la arquitectura escandinava del siglo XIII.

La noche vino poco á poco, una de esas noches impregnadas aun de las últimas claridades del día que, hacia la una de la mañana, van á fundirse en las vagas luces del alba que aparece.

Joël, sentado en la delantera, estaba absorto en sus reflexiones.

Hulda permanecía pensativa en el fondo del carruaje.

Sylvius Hog cambió algunas palabras con el postillón, recomendándole acelerase el paso de sus caballos, y desde entonces sólo se oyó el ruido de los cascabeles del tiro, el chasquido del látigo y el rechinar de las ruedas del coche sobre un suelo quebrado.

Marcharon toda la noche sin detenerse. No fué necesario, por tanto, hacer parada en Listhüs, incómoda estación, perdida en medio de un circo de montañas cubiertas de pinos, que circunscribe un segundo perímetro de colinas áridas y salvajes.

Pasaron á Tiness, pequeño gaard pintoresco, algunas de cuyas casas están construidas sobre pilotes de piedra.

La carretela rodaba rápidamente, acompañándola en su marcha el ruido de sus herrajes, la crepitación de sus aflojados pernios y sus distendidos muelles. No hubo que dirigir el menor reproche al viejo conductor, que dormía á medias, agitando las riendas de cuando en cuando. Maquinalmente, aunque sin intención, sacudía algunos latigazos; pero estos iban siempre á parar al caballo de la izquierda. Esta preferencia consistía en que, si bien el caballo de la derecha le per-

tenecía, el otro era de la propiedad de un vecino suyo del gaard.

Á las cinco de la mañana, Sylvius Hog se despertó, estiró los brazos, y pudo respirar con delicia el penetrante perfume de los pinos que embalsamaba la atmósfera.

Estaban en Kongsberg. El carruaje atravesó el puente tendido sobre el Laagen, y fué á detenerse al lado opuesto, después de haber pasado ruidosamente cerca de la iglesia, no lejos de la cascada de Larbrö.

—Amigos míos (dijo Sylvius Hog); si os parece, no haremos más que mudar de tiro aquí. Es aún demasiado temprano para desayunarnos. Vale más, en mi opinión, no hacer más que una parada formal en Drammen. Allí nos ofreceremos una buena comida, á fin de economizar los comestibles de M. Benett.

Convenido esto, el profesor y Joël se contentaron con tomar un vasito de brandevin en el *Hotel de las Minas*. Un cuarto de hora después, habiendo llegado los caballos, volvieron á ponerse en camino.

Al salir de la ciudad, el carruaje tuvo que subir una rampa muy escarpada, atrevidamente cortada en el flanco de la montaña. Un instante después, los altos pylones (1) de las minas de plata de Kongsberg se recortaron en silueta sobre el cielo. Después, todo aquel horizonte desapareció tras una cortina de inmensos bosques de pinos, oscuros y frescos como cuevas, en los cuales no penetraban la luz ni el calor del sol.

La villa de madera de Hangsund proveyó de un nuevo tiro á la carretela. Volvieron á encontrarse anchos caminos, á menudo cerrados por barreras giratorias, que fué preciso hacerse abrir, mediante la suma de cinco ó seis skillings. Región fértil, donde abundaban los árboles, que se asemejaban á sauces llorones con sus ramas doblándose bajo el peso de los frutos. Al acercarse á Drammen, el valle volvió á tornarse de nuevo montañoso.

Al mediodía, la villa, sentada sobre uno de los brazos del fiord de Christiania, mostró sus dos interminables calles, flanqueadas de pintadas casas, y su puerto, siempre muy animado, donde las maderadas apenas dejan espacio á los buques de todas clases que vienen á cargar los productos del Norte.

El coche se detuvo ante el *Hotel de Escandinavia*. El propietario, importante personaje, de barba blanca, de aire doctoral, apareció á la puerta de su establecimiento.

(1) Grandes portadas coronadas de una torre cuadrada, que servían de ornato á las fachadas de los templos egipcios.

Con la finura de percepción que distingue á los posaderos de todos los países del mundo:

—No me sorprendería ciertamente (dijo), que estos caballeros y esta señorita quisieran desayunarse.

—En efecto, no os sorprendáis (respondió Sylvius Hog), y haced que nós sirvan lo antes posible.

—Al instante.

Al poco rato estuvo dispuesto un almuerzo, en realidad muy aceptable. Hubo, sobre todo, un cierto pescado del fiord, trufado con una hierba perfumada, del que el doctor comió con evidente placer.

Á la una y media, el carruaje, con caballos de refresco, se paraba ante el *Hotel de Escandinavia*, y volvieron á ponerse en camino, subiendo al trote corto la calle Mayor de Drammen.

Al pasar junto á una casa baja, de aspecto poco atractivo, que contrastaba con el color alegre de las casas vecinas, Joël no pudo retener un movimiento de repulsión.

—¡Sandgoist!— exclamó.

—¡Ah! ¿Es ese el señor Sandgoist? (dijo Sylvius Hog.) La verdad es que no tiene muy buena cara.

Era Sandgoist, fumando junto a su puerta. ¿Reconoció á Joël sentado en la delantera? No se sabe, porque el cochero pasó rápidamente entre la pila de maderos y montones de tablas. Al otro lado de un camino adornado con serbales cargados de sus frutos de coral, el tiro se lanzó á través de un espeso bosque de pinos, que rodea el «Valle del paraíso», magnífica depresión del suelo, con sus lejanos bancos que se extienden hasta los últimos límites del horizonte.

Centenares de colinas aparecieron entonces, coronadas la mayor parte por una villa ó un gaard. Después, al acercarse la noche, cuando el carruaje comenzó á descender hacia el mar, costeano anchas praderas, las granjas mostraron sus casas de un rojo vivo, que se destacaba con dureza sobre la verdinegra cortina de los árboles.

Por fin, los viajeros alcanzaron el fiord mismo de Christiania, con su cuadro de pintorescas colinas, sus innumerables caletas, sus puertecitos en miniatura, y sus «piers» de madera, adonde vienen á acostar las embarcaciones de la bahía y los vapores ómnibus.

Á las nueve de la noche, aún muy de día bajo aquella latitud, la vieja carretela entraba en la ciudad, no sin estrépito, siguiendo las calles ya desiertas.

Según la orden dada por Sylvius Hog, fué á detenerse ante el *Hotel Victoria*. Allí bajaron Hulda y Joël, para ocupar sus habitaciones pedidas de antemano.

Después de una afectuosa despedida, el profesor se dirigió á su vieja casa, donde su vieja criada, Kate, y su viejo servidor, Fink, le aguardaban con no menos vieja impaciencia.

XVII.

Christiania, gran ciudad para la Noruega, no sería más que una pequeña villa en Inglaterra ó en Francia. Sin los frecuentes incendios que en ella han ocurrido, se mostraría aún tal como fué construida en el siglo xi. En realidad, sólo data año del 1624, época en que la reconstruyó el rey Christian.

De Opsolö, que entonces se llamaba, se convirtió en Christiania, nombre derivado del de su real arquitecto. Es, pues, una villa regular, de anchas calles frías y rectas, trazadas á tiralíneas, con casas de piedras blancas ó ladrillos rojos.

En medio de un hermoso jardín se eleva el palacio real, el Orscarslot, vasta construcción cuadrangular, sin género definido, por más que se acerque al estilo jónico. Acá y allá aparecen algunas iglesias, en las cuales las bellezas del arte no son para distraer la atención de los fieles. Hay, en fin, varios edificios civiles y establecimientos públicos, sin contar un gran bazar, dispuesto en rotonda, donde van á almacenarse los productos extranjeros é indigenas.

Nada curioso en todo este conjunto. Pero lo que hay que admirar sin reserva, es la posición de la villa, en medio de aquel circo de montañas de aspecto tan variado, que la forman un marco soberbio. Casi plana en sus barrios ricos y nuevos, no se levanta sino para formar una especie de Kasbah, cubierta de casas irregulares, en que vegeta una población poco acomodada, humildes chozas de madera, barracas de ladrillo, cuyos tonos chillones más bien ofenden que encantan la vista.

No hay que figurarse que la palabra *Kasbah*, reservada á las ciudades africanas, no esté muy en su lugar en una ciudad del Norte de Europa. ¿No tiene Christiania en la vecindad del puerto, los barrios de Túnez, de Marruecos y de Argel? Y, si no se encuentran tunecinos, marroquíes y argelinos, su población flotante no vale mucho más.

En suma: como toda ciudad cuyos pies se bañan en el mar y que levanta su cabeza al nivel de verdes colinas, Christiania es en extremo pintoresca.

No hay injusticia en comparar su fiord con

la bahía de Nápoles. Como las playas de Sorrento ó de Castellamare, sus orillas están cubiertas de villas y chalets semiperdidos entre la verdura casi negra de los pinos, en medio de aquellos ligeros vapores que le dan aquel «frou» especial á las regiones hiperbóreas.

Sylvius Hog estaba por fin de vuelta en Christiania. Verdad es que su regreso se cumplía en condiciones que jamás hubiera podido prever, en medio de un viaje interrumpido. Pero nada había perdido; volvería á emprenderle en otro año.

En aquel momento sólo se trataba de Joël y de Hulda Hansen. Si no les había hecho habitar en su casa, era porque hubiera tenido necesidad de dos habitaciones para recibirlos. Seguramente que el viejo Fink y la vieja Kate les habrían hecho una buena acogida. Pero no habían tenido tiempo para prepararse. Así es que el profesor les había conducido al *Hotel Victoria*, y recomendado al dueño muy particularmente. Ahora bien; una recomendación de Sylvius Hog, diputado del Storting, era cosa de tenerse en cuenta. Pero, á pesar de que el profesor pedía para sus protegidos las atenciones que se hubiesen tenido para con él mismo, se guardó muy bien de dar á conocer sus nombres.

Le parecía muy conveniente guardar, por el momento, el más riguroso incógnito con respecto á Joël, y, sobre todo, á Hulda Hansen. Ya se sabe lo mucho que de ella se había ocupado todo el mundo, y presentarla de repente ante la curiosidad pública hubiera sido una molestia para ella. Valía más no decir nada de su llegada á Christiania.

Habiase convenido en que al día siguiente Sylvius Hog no pasaría á ver á los dos hermanos hasta la hora del almuerzo, es decir, entre once y doce de la mañana.

El profesor tenía, en efecto, algunos negocios que arreglar, negocios que debían ocuparle toda la mañana, y, hasta haberlos terminado, no vendría á reunirse con Joël y Hulda.

Desde aquel momento no volvería á separarse de ellos, permaneciendo á su lado hasta que se procediese al sorteo de la lotería, acto que debía efectuarse á las tres.

Joël, en cuanto se levantó, fué á buscar á su hermana.

Hulda, vestida ya, le aguardaba en su habitación.

Con el fin de distraerla un poco de sus pensamientos, que en aquel día debían ser aún más dolorosos, Joël la propuso pasearse hasta la hora de almorzar.

Hulda, por no desairará su hermano, aceptó el

ofrecimiento que la hacía, y se dirigieron á la aventura á través de la ciudad.

Era un domingo. Al revés de lo que se hace en las ciudades del Norte durante los días festivos, en que el número de paseantes es muy restringido, había una gran animación en las calles. No solamente los ciudadanos no habían abandonado la villa por el campo, sino que se veía á los rurales de las cercanías afluir en masa hacia la ciudad.

El ferrocarril del lago Müsen, que sirve los alrededores de la capital, tuvo que organizar trenes especiales. ¡Tantos eran los curiosos, y sobre todo interesados, que atraía aquella popular lotería de las escuelas de Christiania!

Veíase, pues, mucha gente por las calles, familias completas, hasta pueblos enteros, llegados con la esperanza secreta de no haber hecho un viaje inútil. ¡Júzguese! El millón de billetes había sido colocado, y aun cuando sólo debiesen ganar un simple lote de ciento ó doscientos marcos, ¡cuántas honradas gentes volverían á entrar contentos de la suerte en sus humildes seters ó en sus modestos gaards!

Joël y Hulda, al abandonar el *Hotel Victoria*, bajaron desde luego hasta los muelles que rodean el Este de la bahía. En aquel punto la afluencia era un poco menor, á no ser en los ventorrillos, donde la cerveza y el brandevin corría sin cesar, refrescando los gatzates en estado de sed permanente.

Mientras los dos hermanos se paseaban entre los almacenes, las filas de barricas y los montones de toda procedencia, los barcos amarrados á la orilla ó anclados al fargo, atraían más especialmente su atención. ¿No había entre ellos algunos pertenecientes á la matrícula de Bergen, adonde el *Viken* no debía ya volver?

—¡Pobre Ole!—murmuraba Hulda.

Joël quiso llevarla lejos de la bahía, subiendo hacia los barrios de la ciudad alta.

Allí, en las calles, en las plazas, en medio de los grupos, oyeron muchas conversaciones relacionadas con ellos.

—Si (decía uno); ¡han llegado hasta ofrecer diez mil marcos por el número 9672!

—¿Diez mil? (respondía otro.) ¡Yo he oído hablar de veinte mil, y aún más!

—¡El señor Vanderbilt, de New-York, ha llegado hasta treinta mil!

—Los señores Baring, de Londres, á cuarenta mil.

—¡Y los señores Rosthschild, de Paris, á sesenta mil!

Ya sabemos lo que había que creer de aquellas exageraciones del vulgo. Á continuar aquella es-

cala ascendente, los precios ofrecidos hubieran concluido por ser mayores que el importe del premio mayor.

Pero si los noticieros no estaban de acuerdo sobre la cifra de las proposiciones hechas á Hulda Hansen, la muchedumbre se extendía á maravilla para calificar las maquinaciones del usurero de Drammen.

—¡Qué condenado bribón es el tal Sandgoist: no ha tenido piedad con aquellas desgraciadas gentes!

—¡Oh! Bien conocido es en el Telemark: no es esta su primera bribonada.

—Dicen que no ha podido revender el billete de Ole Kamp, después de haber pagado por él un buen precio.

—¡No; nadie le ha querido!

—¡No es de extrañar! En manos de Hulda Hansen el billete era bueno.

—Evidentemente: mientras que en las de Sandgoist ya no vale nada.

—Me alegro. Tendrá que quedarse con él, y ojalá pierda los quince mil marcos que le ha costado.

—Pero... ¿y si el muy tunante llega á ganar el premio mayor?....

—¡Él! ¡Qué ha de ganar!

—Sería una injusticia de la suerte. De todos modos, que se guarde de venir al sorteo....

—Si, porque podría jugársele alguna mala pasada.

Tales eran las opiniones emitidas con respecto á Sandgoist.

Sabemos, por otra parte, que, por prudencia ó por cualquier otro motivo, no tenia la intención de asistir al sorteo, puesto que la vispera estaba todavía en su casa de Drammen.

Hulda, fuertemente conmovida, y Joël, que sentía estremecerse sobre el suyo el brazo de su hermana, pasaban de prisa, sin procurar oír más, como si temiesen ser aclamados por todos aquellos amigos ignorados que contaban entre la multitud.

Habían esperado encontrar á Sylvius Hog en su paseo por la ciudad; pero no sucedió así. Algunas palabras, sorprendidas en las conversaciones, les dieron á entender que la vuelta del profesor de Christiania era ya conocida del público. Desde por la mañana se le había visto marchar con un aire muy atareado, como hombre que no tiene tiempo de preguntar ni de responder, dirigiéndose, ya hacia el puerto, ya hacia las oficinas de la marina.

Joël hubiera podido preguntar al primer transeunte dónde vivía el profesor Sylvius Hog, con la seguridad de que se habría apresurado á indicarle

su morada y hasta á conducirle á ella; pero no lo hizo, por temor de ser indiscreto, y puesto que la cita se había dado para el hotel, lo mejor era dirigirse allí para encontrarle.

Esto es lo que Hulda rogó á Joël que hiciese á cosa de las diez y media. Se sentía muy fatigada, y todas aquellas conversaciones, á las cuales se hallaba mezclado su nombre, la hacían bastante daño.

Volvió, pues, á entrar en el *Hotel Victoria*, subiéndolo á su habitación para aguardar la llegada de Sylvius Hog.

En cuanto á Joël, quedóse en la planta baja del hotel, en el salón de lectura. Allí, maquinalmente, ocupó su tiempo en hojear los periódicos de Christiania.

De repente su rostro palideció, turbóse su mirada, y el periódico que leía se escapó de sus manos....

En un número del *Morgen-Blad*, en las noticias de mar, acababa de leer el despacho siguiente, fechado en Terranova:

«El aviso *Telégrafo*, llegado al presunto lugar del naufragio del *Viken*, no ha encontrado vestigio alguno. Sus investigaciones sobre la costa de Groenlandia no han tenido tampoco éxito. Debe, pues, considerarse desgraciadamente como cierto que no queda ningún superviviente de la tripulación del *Viken*.»

XVIII.

—¡Buenos dias, señor Benett! Creed que tengo un placer siempre que encuentre ocasión de estrechar vuestra mano.

—Y yo un verdadero honor, señor Hog.

—Honor, placer; placer, honor (respondió alegremente el excelente profesor): lo uno bien vale lo otro.

—¿Veo que vuestro viaje por la Noruega central se ha terminado felizmente?

—Terminado, no; pero sí concluido, á lo menos por este año, señor Benett.

—Entonces, habládme, si no tenéis inconveniente, de aquellas bravas gentes, cuyo conocimiento habéis hecho en Dal.

—Bravas gentes, en efecto, señor Benett; bravas gentes, y gentes bravas. ¡La palabra les conviene en los dos sentidos!

—¡Después de lo que nos han dicho los periódicos, preciso es convenir en que son bien dignos de compasión!

—¡Tenéis razón, señor Benett! Nunca he visto á la desgracia perseguir con tal obstinación á unos pobres seres.

—En efecto, señor Hog. Después del asunto desgraciadísimo del *Viken*, el del abominable Sandgoist.

—Es verdad, señor Benett.

—En resumen, señor Hog: Hulda Hansen ha hecho bien en entregar el billete á cambio del recibo.

—¿Lo creéis así?... ¿Y por qué?

—Porque tocar quince mil marcos, contra la casi certidumbre de no tocar nada....

—¡Ah, señor Benett! (replicó Sylvius Hog); como buen comerciante, habláis como hombre práctico. ¡Pero si se mira bajo otro punto de vista, todo esto se convierte en un asunto de sentimiento, y el sentimiento, como comprenderéis, no se cotiza!

—Evidentemente, señor Hog; pero permitidme que os lo diga: es más que probable que vuestra protegida se hubiera quedado solo con su sentimiento.

—¿Qué sabéis?

—¡Pero veamos! ¿Qué representaba aquel billete? ¡Una sola probabilidad de ganar contra un millón!....

—¡En efecto, amigo mio; una probabilidad contra un millón! ¡Bien poco es, señor Benett, bien poco!

—Así es que después del entusiasmo de los primeros días, se operó la reacción, y, según dicen, Sandgoist, que sólo había tomado el billete para especular con él, no ha podido encontrar un comprador.

—Así parece, señor Bennett.

—Y, sin embargo, si ese maldito usurero llegase á ganar el premio grande.... ¡Eso sería un escándalo!

—¡Un escándalo, seguramente, señor Benett; la palabra no me parece demasiado fuerte; un escándalo!

Hablando así, Sylvius Hog se paseaba á través de los almacenes, puede decirse á través del bazar del señor Benett, tan conocido en Christiania y en toda la Noruega. En efecto: ¿qué es lo que no se encuentra en aquel bazar? Coches de viaje, kariols por docenas, cajas de comestibles, cestos de vinos, tarros de conservas, trajes y utensilios de turistas, hasta guías para conducir á los viajeros hasta las más recónditas aldeas del Finmark, hasta la Laponia, hasta el Polo Norte. ¡Y no es esto todo! ¿No ofrece el señor Benett á los aficionados á la historia natural las diversas muestras de piedras y metales del suelo? ¿Los ejemplares más variados de pájaros, insectos y reptiles de la fauna noruega? ¿Y, lo que conviene saber, dónde se encontraría un surtido de alhajas y dijes del país más completo y más notable que en sus escaparates?

Así es que este caballero es la providencia de los turistas deseosos de visitar la región escandinava. Es el hombre universal, sin el cual no podría pasarse Christiania.

—Y á propósito, señor Hog (dijo): ¿habéis encontrado en Tinoset el carruaje que me habíais pedido?

—Al pedirosle, señor Benett, estaba seguro de encontrarle á la hora convenida.

—Gracias, señor Hog; pero, según vuestra carta, debíais ser tres personas.

—Tres, en efecto.

—¿Y esas personas?....

—Han llegado ayer noche con buena salud, y me esperan en el *Hotel Victoria*, adonde voy á reunirme con ellas.

—¿Acaso son?....

—Precisamente, señor Benett, son.... Pero os ruego no digáis una palabra. Tengo interés en que aún no se divulgue su llegada.

—¡Pobre joven!

—Sí...., ¡ha sufrido mucho!

—¿Y habéis querido que asista al sorteo de la lotería, por más que no posea ya el billete que la había legado su prometido?

—No soy yo quien lo ha querido, señor Benett. Es Ole Kamp, y á vos, como á todo el mundo, no me cansaré de repetir: ¡Es preciso obedecer la última voluntad de Ole!

—Evidentemente: lo que vos hacéis está siempre bien hecho, querido señor Hog.

—¿Cumplimientos, querido señor Benett?

—No; pero hay que convenir en que ha sido una suerte para la familia Hansen el haberlos encontrado en su camino.

—Mayor ha sido la mia al haberla encontrado en el mio.

—Veo que conserváis siempre vuestro buen corazón.

—Señor Benett, puesto que hay necesidad de tener un corazón, vale más que éste sea bueno, ¿no es así?

¡Y con qué excelente sonrisa acompañó Sylvius Hog esta respuesta al digno comerciante!

—Y ahora, señor Benett (añadió, sonriendo con dulzura), no creáis que he venido á vuestra casa á buscar felicitaciones, no. Otro motivo es el que me trae.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Ya sabréis que, sin la intervención de Joel y de Hulda Hansen, si el Rjukanfos hubiese tenido á bien devolverme, no me hubiera devuelto sino en estado de cadáver, y, por consiguiente, no tendría hoy el placer de veros....

—¡Si!.... ¡si!.... ¡Ya sé! (respondió M. Benett.) Los periódicos han contado vuestra aventura! Y,

en verdad, esos valerosos jóvenes merecían ganar el premio grande!

—Eso es mi opinión (respondió Sylvius Hog). Pero, puesto que eso es ahora imposible, no quisiera que mi pequeña Hulda volviese á Dal sin algún regalillo...., un recuerdo....

—¡Eso es lo que se llama una buena idea, señor Hog!

—Vais, pues, á ayudarme á escoger, entre todas vuestras riquezas, algo que pueda agradar á una joven.

—Con mucho gusto, señor Hog,—respondió M. Benett.

Rogó al profesor pasase al almacén reservado á la joyería indígena. Una joya noruega, ¿no es el más hermoso recuerdo que cualquiera puede llevarse de Christiania y del maravilloso bazar de M. Benett?

Esa fué también la opinión de Sylvius Hog, al cual el complaciente comerciante se apresuró á abrir todos los escaparates.

—Veamos (dijo): no soy muy conocedor, y me atengo á vuestro gusto, señor Benett.

—Ya nos entenderemos, señor Hog,—repuso el comerciante

Había allí todo un surtido de esas joyas suecas y noruegas, de fabricación muy complexa, y que son generalmente más preciosas por el trabajo que por la materia.

—¿Qué es esto?—preguntó el profesor, señalando un objeto, que le había llamado la atención.

—Es una sortija de dúblé, con colgantes móviles, cuyo sonido es muy agradable,—respondió el señor Benett.

—¡Muy bonita! (respondió Sylvius Hog, probándose la en la extremidad de su dedo pequeño.) ¡Poned á un lado esta sortija, señor Benett, y veamos otra cosa!

—¿Pulseras ó collares?

—Un poco de todo, si lo permitis; un poco de todo. ¡Ah! ¿y esto?....

—Son rondelas que se llevan pareadas en el corpiño. Ved el efecto del cobre sobre este fondo de lana roja plegada. Es de muy buen gusto, sin alcanzar por eso un alto precio.

—Hermoso, en efecto, señor Benett. Poned también aparte este adorno.

—Solamente os haré observar, señor Hog, que estas rondelas están absolutamente reservadas al tocado de las recién casadas...., el día de la boda...., y que....

—¡Por San Olaf! ¡tenéis razón, señor Benett, mucha razón! ¡Pobre Hulda! ¡Desgraciadamente, no es Ole quien la hace este regalo; soy yo, y no es á una desposada á quien le voy á ofrecer!....

—¡En efecto, señor Hog!

—Veamos, pues; otros objetos que sean del uso de una soltera.

—¡Ah! ¿esta cruz, señor Benett?

—Es una cruz de suspensión (dijo), con discos cóncavos que resuenan á cada movimiento del cuello.

—¡Muy bonita!.... ¡Muy bonita!.... Separadla también, señor Benett. Después que haya registrado todos vuestros escaparates, haremos nuestra elección....

—Sí, pero....

—¿Todavía un pero?

—Esta cruz es la que llevan las desposadas cuando se dirigen á la iglesia....

—¡Diablo, señor Benett!.... ¡Preciso es confesar que no tengo buena mano!

—Eso consiste, señor Hog, en que tengo mayor surtido de joyas para casadas, por ser de lo que más vendo. No debéis admiraros.

—Eso no me admira de ningún modo, señor Benett; ¡pero la verdad es que no deja de embarazarme!

—Pues bien: tomad el anillo de oro que habéis hecho separar.

—Sí...., ese anillo de oro.... Hubiera querido, sin embargo (añadió Sylvius Hog), tomar además algún otro objeto, más...., ¿cómo diré yo?...., más decorativo.

—¡Entonces, no vaciléis! Tomad esta placa de plata filigranada, cuyas cuatro hileras de cadenitas hacen tan buen efecto en el cuello de una joven. Mirad, está sembrada de cuentecitas de cristal fino y adornada de mazorcas de latón en forma de bobinas, con perlas de color en forma de pera. Es uno de los productos más curiosos de la joyería noruega.

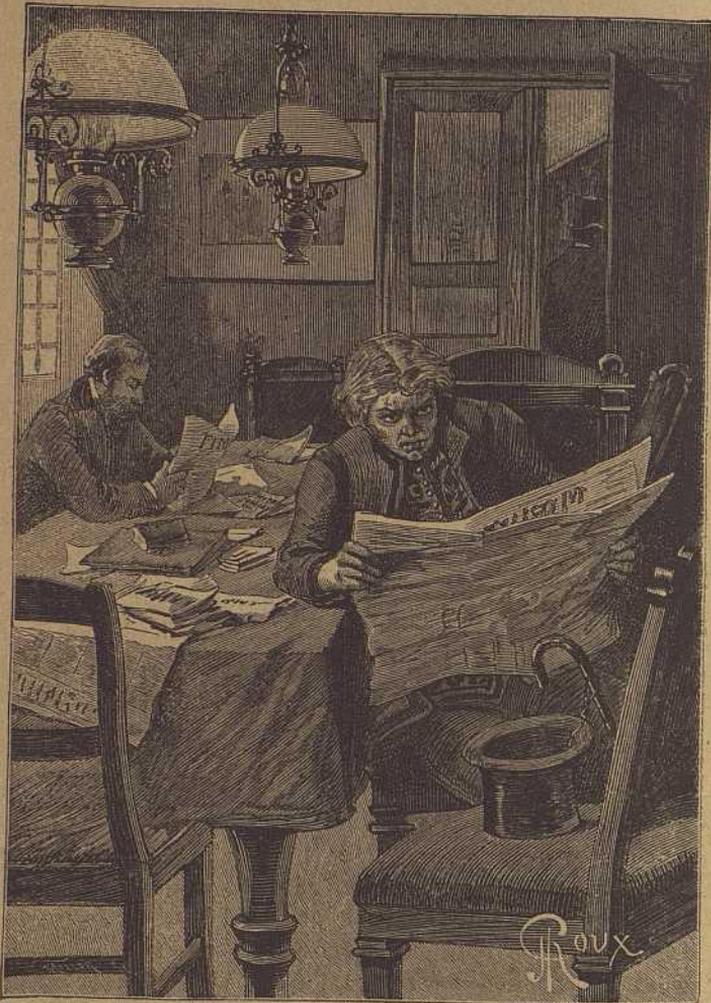
—¡Sí!.... ¡Sí!.... (respondió Sylvius Hog.) ¡Un bonito regalo, pero un poco pretencioso tal vez para mi pobre Hulda! ¡Casi casi prefiero las rondelas que me habéis enseñado antes, y la cruz de suspensión! ¿Son de tal modo especiales al tocado de boda, que no pueda hacerse con ellas un regalo á una doncella?

—Señor Hog (respondió el señor Benett), el Storting no ha legislado aún sobre ese punto tan interesante.... Esto es, sin duda, una laguna que....

—¡Bueno, bueno, señor Benett; ya arreglaremos eso! ¡Entretanto me quedo con la cruz y las rondelas!.... Después de todo, Hulda puede casarse algún día.... ¡Buena y hermosa como es, no la ha de faltar seguramente ocasión de utilizar estos adornos!.... ¡Es cosa decidida; los compro, y me los llevo!

—Bien, señor Hog.

—¿Tendremos el gusto de veros en el sorteo, señor Benett?



De repente su rostro palideció.

—Ciertamente.
 —Creo que ha de ser cosa interesante. ¿Qué os parece?
 —Estoy seguro.
 —Entonces, hasta luego, señor Benett.
 —Hasta luego, señor Hog.
 —¡Calla! (dijo el profesor, inclinándose sobre uno de los escaparates.) ¡He aquí dos bonitos anillos que no había visto antes!
 —¡Oh! Esos no pueden conveniros, señor Hog. Son los anillos grabados que el pastor coloca en el dedo de los desposados durante la ceremonia....
 —¿De veras?.... ¡Bah! ¡A pesar de eso, me los

llevo. Conque hasta luego, señor Benett; hasta luego.

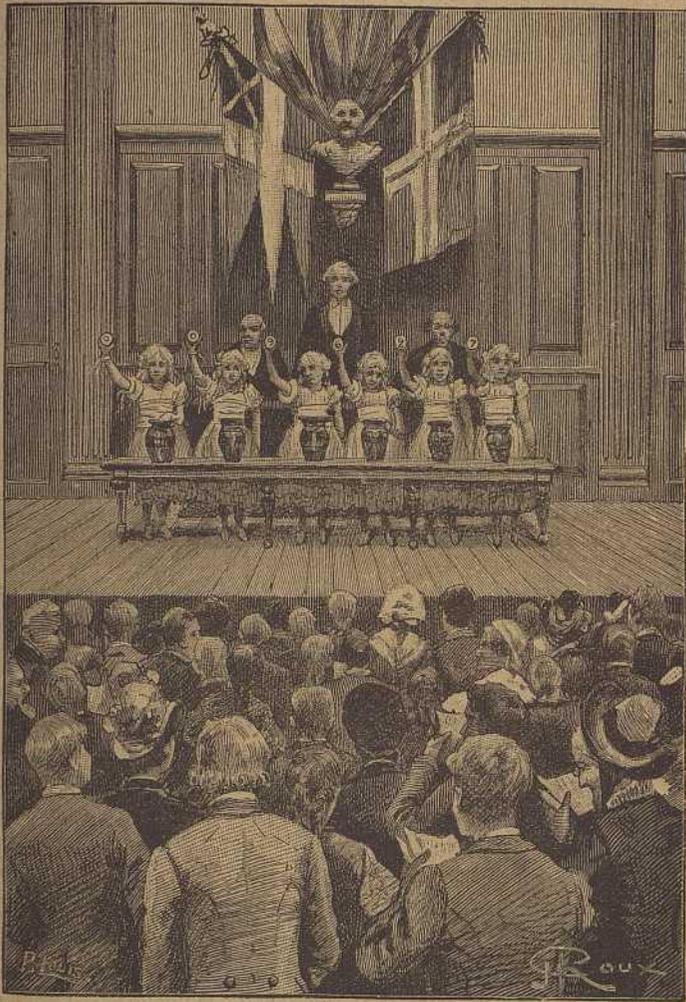
Sylvius Hog³ salió, pues, y, con paso ligero, con paso de veinte años, se dirigió hacia el *Hotel Victoria*.

Llegado al vestíbulo, percibió desde luego las palabras *Fiat lux*, que están escritas como leyenda sobre la lámpara de gas.

—¡Hola! (se dijo.) ¡He aquí un latín de circunstancias! ¡Si! ¡*Fiat lux!*.... *Fiat lux*.

Hulda estaba en su habitación. Sentada cerca de la ventana, esperaba.

El profesor llamó a la puerta, que se abrió en seguida.



El número 9627.

—¡ Ah, señor Sylvius!—exclamó la joven, levantándose.

—¡ Heme aquí! ¡ Heme aquí! Pero no se trata del señor Sylvius, mi querida Hulda; se trata del almuerzo, que está ya servido. Tengo un hambre de lobo. ¿ Dónde está Joël?

—En el salón de lectura.

—¡ Bueno!.... ¡ Voy allá! Vos, querida niña, bajad en seguida á buscarnos.

Sylvius Hog salió de la habitación de Hulda, y fué á reunirse con Joël, que le esperaba también desesperado.

El pobre muchacho le mostró el número del *Morgen-Blad*.

El despacho del comandante del *Telégrafo* no dejaba ninguna duda sobre la pérdida total del *Viken*.

—¿ Hulda lo ha leído?...—preguntó vivamente el profesor.

—¡ No, señor Sylvius (contestó Joël), no! ¡ Vale más ocultarla lo que no tardará mucho en conocer!

—Habéis hecho bien, hijo mio.... Vamos á almorzar.

Un instante después, los tres estaban sentados ante una mesa particular. Sylvius Hog comía con gran apetito.

El almuerzo era excelente, y tenía toda la importancia de una comida.

¡ Júzguese ! Sopa fría á la cerveza , con rajas de limón , pedazos de canela espolvoreada con pan bazo rallado ; salmón en salsa blanca azucarada , ternera cocida , *roastsbeef* vertiendo sangre con una ensalada no aderezada , sino cubierta de especias ; dulce de patata , frambuesas , cerezas y avellanas , todo esto remojado con viejo Saint-Julien de Francia .

— ¡ Excelente !.... ¡ Excelente ! (repetía Sylvius Hog .) ¡ Cualquiera se creería en Dal , en la posada de la señora Hansen !....

Y , á falta de palabras , por tener la boca demasiado ocupada , sus ojos expresaban su completa satisfacción , sonriendo cuanto los ojos pueden sonreír .

Por más que Joël y Hulda hubiesen querido elevarse á este diapasón , no hubieran podido lograrlo . La pobre joven apenas si tocó á su parte de comida .

Cuando se terminó el almuerzo :

— Hijos míos (dijo Sylvius Hog) ; evidentemente habéis hecho mal en no hacer honor á esta agradable cocina . Pero , en fin , yo no podía forzaros . Después de todo , si habéis almorzado mal , con eso comeréis mejor . Creo que esta noche me será difícil hacerlos frente . Ahora ha llegado el momento de levantarnos de la mesa .

El profesor estaba ya en pie , y tomaba el sombrero que le presentaba Joël , cuando Hulda , deteniéndole , le dijo :

— Señor Sylvius : ¿ continuáis teniendo empeño en que os acompañe ?

— ¿ Para asistir al sorteo de la lotería ?.... Ciertamente que le tengo ; y grande , mi querida hija .

— ¡ Será tan penoso para mí !....

— ¡ Muy penoso , convengo en ello ! Pero Ole ha querido que estuviérais presente al sorteo , Hulda ; y hay que respetar la voluntad de Ole .

Decididamente , esta frase había llegado á ser un refrán en boca de Sylvius Hog .

XIX.

¡ Qué afluencia en aquel gran salón de la universidad de Christiania , donde iba á efectuarse el sorteo , y hasta en los patios , puesto que el salón no podía contener á tanta gente , y hasta en las calles vecinas , puesto que los patios eran aún demasiado pequeños para contener á todo aquel populacho !

Aquel domingo , 15 de Julio , nadie hubiera podido , en su calma , reconocer á los noruegos , tan extrañamente sobreexcitados .

En cuanto á aquella sobreexcitación , ¿ era debida al interés que excitaba el sorteo , ó provenía de la alta temperatura de aquel día de verano ? ¡ De todos modos , no había podido refrescarla la absorción de esos frutos refrescantes , de esos « multers » , de que tan gran consumo se hace en Escandinavia !

El sorteo , pues , debía comenzar á las tres en punto .

Había cien lotes , divididos en tres series : primera , noventa lotes de ciento á mil marcos ; de un valor total de cuarenta y cinco mil marcos ; segunda , nueve lotes de mil á nueve mil marcos , igualmente de un valor total de cuarenta y cinco mil marcos ; tercera , un lote , el premio mayor , de cien mil marcos .

Al revés de lo que ordinariamente se hace en las loterías de este género , el gran efecto se había reservado para el final .

No debía adjudicarse el premio grande al primer número que saliese , sino al último , es decir , al centésimo .

De aquí una sucesión de impresiones , de emociones , de latidos de corazón , que iría siempre creciendo . No hay para qué decir que el número premiado una vez , no podía ganar una segunda , y sería anulado , por tanto , si volviese á salir de las urnas .

Todo esto era conocido del público . No había más que aguardar á la hora prefijada . Pero , para engañar la lentitud de la espera , se hablaba , y lo más frecuente , de la conmovedora situación de Hulda Hansen . De seguro que si aún hubiera poseído el billete de Ole Kamp , todos hubiesen hecho votos por ella , después de sí , por supuesto .

En aquel momento , varias personas tenían ya conocimiento del despacho publicado por el *Morgen-Blad* . Éstas hablaron de él á sus vecinos . Bien pronto se supo que las investigaciones del aviso no habían dado resultado . Era , pues , forzoso renunciar al encuentro del menor resto del *Viken* . ¡ Ni un individuo de la tripulación había sobrevivido al naufragio ! ¡ Hulda no volvería á ver á su prometido !

Un incidente vino á dar otro giro á las imaginaciones .

Se extendió el rumor de que Sandgoist se había decidido á abandonar á Drammen , y algunos pretendían haberle visto en las calles de Christiania . ¿ Se atrevería á presentarse en el salón ? Si así lo hacía , aquel malvado debía prepararse para alguna formidable manifestación contra su persona . ¡ Él asistir al sorteo de la lotería !.... Era esto tan improbable , que evidentemente no era posible . En resumen : era una falsa alarma nada más .

Á cosa de las dos y cuarto, se produjo un cierto movimiento en la multitud.

Era el profesor Sylvius Hog, que se presentaba á la puerta de la Universidad.

Se sabía qué parte había tomado en todo aquel asunto, y cómo, después de haber sido salvado por los hijos de la señora Hansen, intentaba pagar su deuda.

En el momento se abrieron las filas. Un lisonjero murmullo, al que Sylvius Hog respondió con amables inclinaciones de cabeza, se propagó á través de la concurrencia, y no tardó en convertirse en aclamaciones.

Pero el profesor no estaba solo. Cuando los más cercanos retrocedieron para hacerle paso, se vió que llevaba del brazo á una joven, mientras un mancebo les seguía á los dos.

¡Un joven, una joven! Hubo una especie de sacudida eléctrica.

El mismo pensamiento brotó de todos los cerebros, como las chispas de otros tantos acumuladores.

—¡Hulda!.... ¡Hulda Hansen!

Tal fué el nombre que se escapó de todos los labios.

¡Sí! Era Hulda, conmovida hasta el extremo de no poderse contener, y que hubiera caído sin el brazo de Sylvius Hog.

Pero éste sostenía bien á la interesante heroína de aquella fiesta, á la cual sólo faltaba Ole Kamp.

¡Cuánto hubiera preferido quedarse en su reducida habitación de Dal! ¡Qué necesidad experimentaba de sustraerse á tanta curiosidad, por muy simpática que fuese!

Pero Sylvius Hog había querido que asistiese, y había ido.

—¡Sitio! ¡Sitio! — gritaban con entusiasmo por todas partes.

Y la multitud se alineaba delante de Sylvius Hog, de Hulda y de Joël.

¡Cuántas manos se alargaron para estrechar las suyas! ¡Cuán amables y cariñosas palabras se dejaron escuchar por doquiera á su paso! ¡Y con qué placer aprobaba Sylvius Hog todas aquellas demostraciones!

—¡Sí, es ella, amigos míos!.... Es mi querida Hulda, que he obligado á venir de Dal (decía). Y éste, Joël, su valiente hermano.

Y añadía:

—¡Pero, sobre todo, cuidado con ahogármelos!....

Y mientras que las manos de Joël correspondían á todas las presiones, las del profesor, menos vigorosas, estaban quebrantadas con tantos apretones.

Al mismo tiempo, su mirada brillaba, á pesar de una lágrima que la emoción había hecho deslizarse de sus párpados. Pero, fenómeno digno de la atención de los oftalmólogos, aquella lágrima era como luminosa.

Fué preciso más de un cuarto de hora para atravesar los patios de la Universidad, ganar el salón y llegar á las sillas que estaban reservadas para el profesor.

Por fin pudo lograrse, no sin trabajo. Sylvius Hog se colocó entre Hulda y Joël.

Á las dos y media se abrió una puerta detrás del estrado, en el fondo de la sala. El presidente del despacho apareció digno, serio, ostentando ese aire dominador, ese porte de cabeza especial á todo hombre llamado á presidir un acto cualquiera. Dos asesores, no menos graves, le seguían.

Después se vió entrar seis niñas llenas de cintas y de flores, rubias, con ojos azules, con las manos un poco rojas, en las cuales se reconocía visiblemente las manos de la inocencia, predestinadas al sorteo de las loterías.

Su entrada fué acogida por un murmullo, que atestiguaba desde luego el placer que se experimentaba al ver los directores de la lotería de Christiania, y después la impaciencia que habían provocado al no aparecer más pronto sobre el estrado.

Si había seis niñas, era porque había también seis urnas, dispuestas sobre una mesa, y de las cuales debían salir seis números á cada extracción.

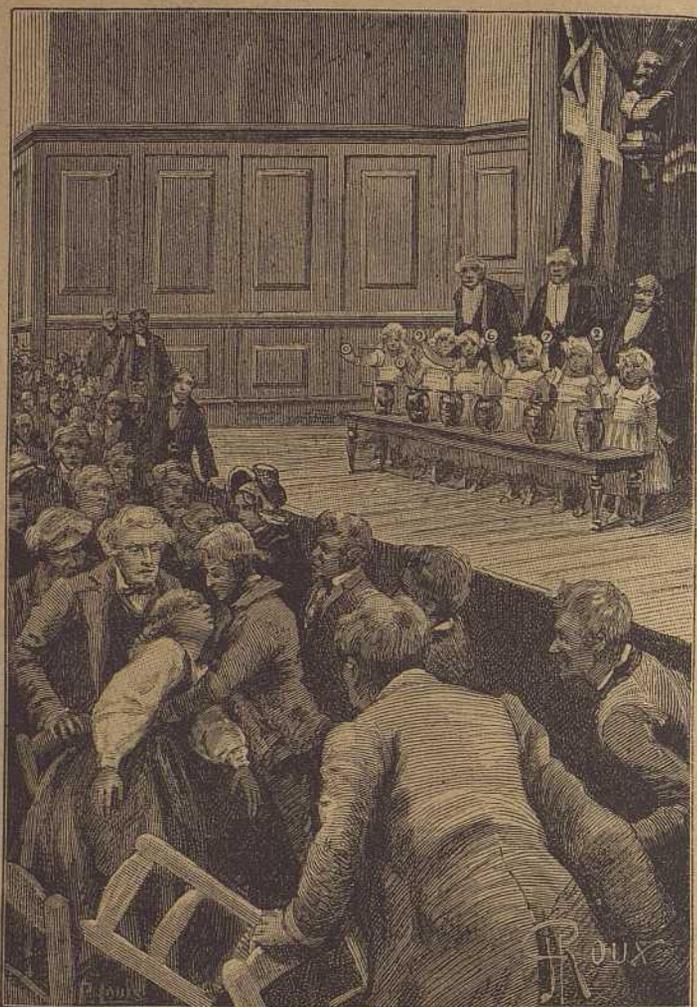
Cada una de estas urnas contenía los diez números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0, representando las unidades, decenas, centenas, millar, decenas de millar y centenas de millar.

Si no había una séptima urna para la columna del millón, era porque, según esta manera de sortear, se había convenido que si los seis ceros salían á la vez, representaban el número millón, lo que repartía igualmente las probabilidades entre todos los números.

Además, se había decidido que éstos serían sucesivamente extraídos de las urnas, empezando por la que estaba á la izquierda del público.

El número premiado se formaría de esta manera ante los ojos de los espectadores, primero por la cifra de la columna de las centenas de millar, después de las decenas de millar, y así sucesivamente hasta la columna de las unidades. Gracias á este convenio, júzuese con qué emoción vería cada uno aumentar sus probabilidades después de la salida de cada cifra.

Á las tres en punto, el presidente hizo un signo con la mano, y declaró abierta desde luego la sesión.



Después había caído desplomada....

El largo murmullo que acogió esta declaración duró algunos minutos, después de los cuales se restableció el silencio.

El presidente se levantó entonces. Muy conmovido, pronunció el breve discurso de circunstancia, en el cual expresó sentir que no hubiese un premio grande para cada billete. Después ordenó proceder á la extracción de la primera serie. Ya sabemos que ésta comprendía noventa lotes, lo que iba á exigir cierto tiempo.

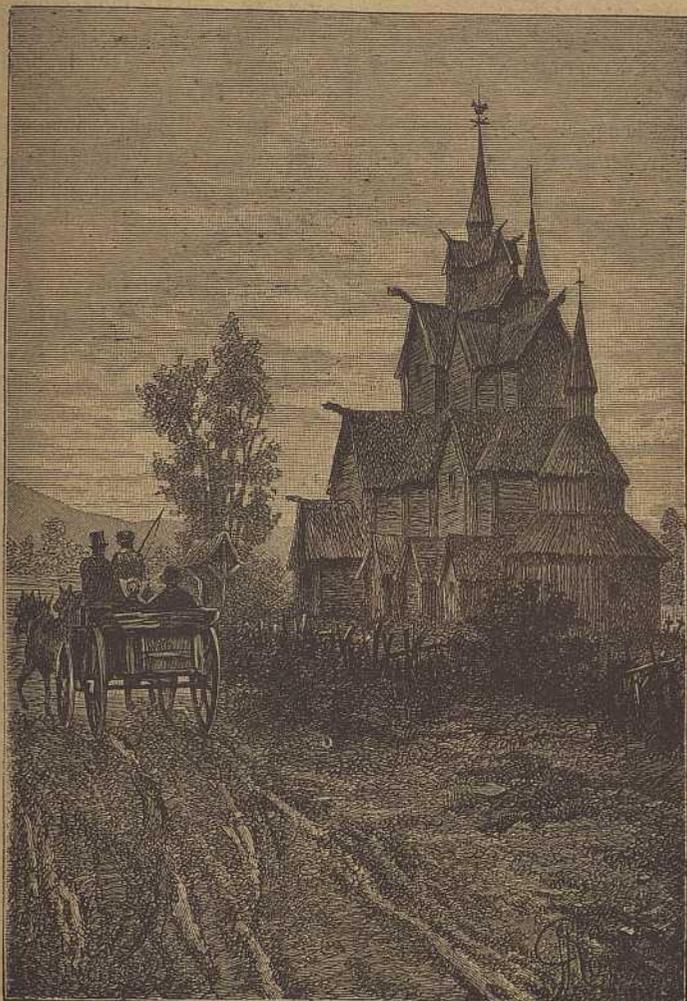
Las seis niñas empezaron, pues, á funcionar con una regularidad automática, sin que por eso la paciencia del público se cansase un solo instante.

Verdad es que, creciendo en cada extracción la importancia de los lotes, la emoción crecía también, y nadie pensaba en abandonar su sitio, ni aun aquellos que, por haber salido ya sus números, nada más tenían que esperar.

Esto duró una hora, sin que se produjese el menor incidente. Lo que pudo observarse, sin embargo, fué que el número 9672 no había salido todavía, lo que le hubiera quitado todas las probabilidades de ganar el premio de cien mil marcos.

—¡ Buen augurio para Sandgoist! —dijo uno de los vecinos del profesor.

—¡ Bah! (respondió otro.) ¡ Sería asombroso que



La iglesia de Hitterdal.

le tocase el premio mayor, por más que tenga un número famoso!

—¡Famoso, en efecto! (respondió Sylvius Hog.)
¡Pero no me preguntéis, por qué....; no sería capaz de deciroslo!

Entonces comenzó la extracción de la segunda serie, que comprendía nueve lotes. Ésta iba á ser interesante, siendo el noventa y uno de mil marcos, el noventa y dos de dos mil, y así sucesivamente, hasta el noventa y nueve, que era de nueve mil.

No se habrá olvidado que la tercera serie se componía únicamente del premio mayor.

El número 72521 ganó un lote de cinco mil marcos.

Este billete pertenecía á un bravo marino del puerto, que fué aclamado por la multitud, y que soportó con gran dignidad aquellas aclamaciones.

Otro número, el 823752, ganó seis mil marcos. ¡Y cuál fué la alegría de Sylvius Hog, cuando Joël le comunicó que pertenecía á la hermosa Siegfrid de Bamble!

Pero entonces se produjo un incidente, y todo el público experimentó una emoción, que se tradujo en murmullos.

Quando se sacó el lote noventa y siete, de siete mil marcos, púdose creer por un instante que Sandgoist iba á ser favorecido por la suerte, á lo menos con aquel lote.

En efecto: el número que le ganó fué el 9627. ¡Sólo faltaron cuarenta y cinco puntos para que fuese el de Ole Kamp!

Las dos extracciones siguientes dieron los números bastante lejanos: 775 y 76287.

La segunda serie estaba cerrada.

Sólo faltaba sacar el último lote, el de cien mil marcos.

En aquel momento la agitación de los espectadores se hizo extraordinaria, y sería muy difícil reproducir su intensidad.

Empezó por un largo murmullo, que se propagó desde el salón á los patios, y de éstos á las calles.

Transcurrieron algunos minutos sin que se restableciese la calma. Sin embargo, el decreciendo se hizo poco á poco, siguiéndole un profundo silencio.

Hubiérase dicho que toda la concurrencia estaba *cuajada*.

Había en aquella calma una cierta cantidad de estupor, permitasenos esta comparación, de ese estupor que se experimenta en el momento en que un condenado aparece sobre el lugar de la ejecución.

Pero esta vez, el paciente, aún desconocido, no estaba condenado más que á ganar cien mil marcos.

Joël, cruzado de brazos, miraba vagamente delante de sí, siendo tal vez el menos emocionado de toda aquella multitud.

Hulda, sentada, como replegada en sí misma, no pensaba más que en su pobre Ole. Le buscaba instintivamente con la mirada, como si hubiese de aparecer en el último momento.

Sylvius Hog.... Preciso es renunciar á pintar el estado en que se encontraba Sylvius Hog.

—¡Extracción del lote de cien mil marcos!— dijo el presidente.

¡Qué voz! Parecía salir de las entrañas de aquel hombre solemne. Había muchos billetes que, no habiendo aún salido, podían aspirar al premio grande.

La primera niña sacó un número de la urna de la izquierda, y le mostró á la asamblea.

—¡Cero!— dijo el presidente.

Este cero no causó un gran efecto. Parecía, en verdad, que se esperaba verle aparecer.

—¡Cero!— dijo el presidente, proclamando la cifra sacada por la segunda niña.

¡Dos ceros! Se observó que las probabilidades crecían notablemente para todos los números comprendidos entre uno y nueve mil novecientos noventa y nueve. Ahora bien: el billete de Ole Kamp, no hay que olvidarlo, llevaba el número 9672.

¡Cosa singular! Sylvius Hog comenzó á agitarse sobre su silla, como si ésta experimentase balanceos.

—¡Nueve!— dijo el presidente, anunciando la cifra que la tercera niña acababa de extraer de la tercera urna.

¡Nueve!.... ¡Esta era la primera cifra del billete de Ole Kamp!

—¡Seis!— dijo el presidente.

Y, en efecto, la cuarta niña presentaba un seis á todas las miradas dirigidas á ella, como otras tantas pistolas cargadas, lo que la intimidaba visiblemente.

Las probabilidades de ganar eran ahora de una por ciento para todos los números comprendidos entre uno y noventa y nueve.

¿Acaso el billete de Ole Kamp iba á hacer caer la suma de cien mil marcos en el bolsillo del miserable Sandgoist?

¡Verdaderamente sería cosa capaz de hacer dudar de la justicia de Dios!

La quinta niña hundió su mano en la urna, y sacó la quinta cifra.

—¡Siete!— dijo el presidente con una voz tan ahogada, que apenas se le oyó en las primeras filas.

Pero si no se oía, se veía, y, en aquel momento, las cinco niñas tendían las cifras siguientes á los ojos del público:

00967

El número agraciado debía estar necesariamente comprendido entre 9670 y 9679. Había, pues, ahora una probabilidad contra diez.

El estupor llegó á su colmo.

Sylvius Hog, de pie, había cogido la mano de Hulda Hansen.

Todas las miradas se clavaban sobre la pobre joven. Al sacrificar el último recuerdo de su prometido, ¿habría también sacrificado la fortuna que Ole Kamp había soñado para ella y para él?

La sexta niña tuvo algún trabajo para introducir su mano en la urna. ¡Temblaba la pequeña! Por fin apareció el número.

—¡Dos!—gritó el presidente.

Y cayó sobre su silla, medio sofocado por la emoción.

—¡Nueve mil seiscientos setenta y dos!— proclamó después uno de los asesores con voz retumbante.

¡Era el número del billete de Ole Kamp, al presente en poder de Sandgoist! Todo el mundo lo sabía, y nadie ignoraba en qué condiciones le había adquirido el usurero. Reinó un profundo silencio, en lugar de la tempestad de hurras que

hubiera resonado en toda la sala de la Universidad, si el billete hubiese continuado en poder de Hulda Hansen.

¡Y en su lugar iba á aparecer el bribón de Sandgoist con su billete en la mano para recoger el premio!

— ¡El número *nueve mil seiscientos setenta y dos* gana el lote de cien mil marcos! (repitió el asesor.) ¿Quién le reclama?

— ¡Yo!

¿Era el usurero de Drammen el que acababa de lanzar aquella palabra?

¡No! Era un joven, un joven de pálido rostro, llevando en sus facciones, como en toda su persona, las huellas de largos sufrimientos; ¡pero vivo, bien vivo!

Á aquella voz, Hulda Hansen se habia levantado, arrojando un grito, que habia sido oido por todos.

Después habia caído desplomada....

Pero aquel joven acababa de atravesar la muchedumbre, y él fué el que recibió en sus brazos á la joven sin conocimiento....

¡Era Ole Kamp!

XX.

¡Si! Era Ole Kamp. Ole Kamp, que habia sobrevivido, como por milagro, al naufragio del *Viken*.

Y si el *Telégrafo* no le habia vuelto á Europa, era porque ya no se encontraba en los parajes visitados por el aviso.

Y si ya no se encontraba, era porque en aquella época estaba ya en camino para Christiania en el buque que le repatriaba.

Esto es lo que contaba Sylvius Hog. Esto es lo que repetía á todo el que quería oírle. ¡Y bien puede creerse que todos le escuchaban con avidez! Esto es lo que narraba con verdadero acento de triunfador. Y sus vecinos lo repetían á los que no tenían la dicha de hallarse junto á él. Y esto se transmitía de grupo en grupo hasta el público de la parte exterior, agrupado en los patios y calles circunvecinas.

En algunos instantes, todo Christiania sabia, á la vez, que el joven náufrago del *Viken* estaba de vuelta, y que habia ganado el premio mayor de la lotería de las Escuelas.

Preciso era que Sylvius Hog fuese quien contase toda aquella historia. Ole no hubiera podido, porque Joel le estrechaba entre sus brazos hasta ahogarle, mientras que Hulda volvía en sí.

— ¡Hulda!.... ¡Querida Hulda!.... (decía Ole.)

¡Soy yo!.... ¡Tu prometido, y bien pronto tu marido!....

— ¡Mañana mismo, hijos míos; mañana mismo! (gritaba Sylvius Hog.) Esta misma noche partimos para Dal. Y si nunca se ha visto, ahora se verá á un profesor de legislación, á un diputado del Storthing, bailar en una boda como el más apuesto mancebo del Telemark.

¿Pero cómo conocía Sylvius Hog la historia de Ole Kamp?

Sencillemente, por la última carta que la marina le habia dirigido á Dal. En efecto: aquella carta, la última que habia recibido, y de la que no habia hablado á nadie, encerraba una segunda, fechada en Christiania. Esta segunda carta le comunicaba lo siguiente: el brick danés *Genius*, capitán Kroman, acababa de arribar á Christiania, conduciendo á su bordo á los supervivientes del *Viken*, entre otros, el joven maestro Ole Kamp, y tres días después debia llegar á Christiania.

La carta de la marina añadía que aquellos náufragos habian sufrido de tal modo, que aún se encontraban en un estado de extrema debilidad. Por esto Sylvius Hog no quiso decir nada á Hulda del regreso de su prometido. Mientras no hubiese visto á Ole Kamp habia determinado callar. En su respuesta, habia suplicado el más absoluto silencio sobre aquella vuelta, secreto que habia sido cuidadosamente guardado para con el público, como él deseaba.

Fácil es, pues, explicarse que el aviso *Telégrafo* no hubiese encontrado ningún resto ni superviviente del *Viken*.

Durante una violenta tempestad, este buque, medio desmantelado, se habia visto obligado á huir hacia el Noroeste, cuando se hallaba á doscientas millas al Sur de Islandia. En la noche del 3 al 4 de Mayo, noche de ráfagas, vino á estrellarse contra uno de esos enormes icebergs que salen de los mares de la Groenlandia. La colisión fué terrible, tan terrible, que cinco minutos después el *Viken* se iba á pique.

Entonces fué cuando Ole escribió el documento sobre el billete de lotería, como último adiós dirigido á su prometida, arrojándole al mar después de haberle encerrado en una botella.

Pero la mayor parte de los hombres de la tripulación del *Viken*, incluso el capitán, habian perecido en el momento de la colisión. Únicamente Ole Kamp y cuatro de sus compañeros pudieron saltar sobre uno de los fragmentos del iceberg en el momento en que se sumergía el *Viken*. Sin embargo, su muerte sólo se hubiera aplazado, si aquella espantosa borrasca no hubiese empujado el banco de hielo hacia el Noroeste. Dos días después,



Quando salta de la capillita de Dal.

desfallecidos, muriendo de hambre, los cinco sobrevivientes al naufragio eran arrojados sobre la costa de Groenlandia, costa desierta, donde vivieron a la gracia de Dios.

Allí, si no eran socorridos en algunos días, su muerte era segura.

¿Cómo habían, pues, de tener la fuerza necesaria para ganar las pesquerías ó los establecimientos daneses de la bahía de Baffin sobre el otro litoral?....

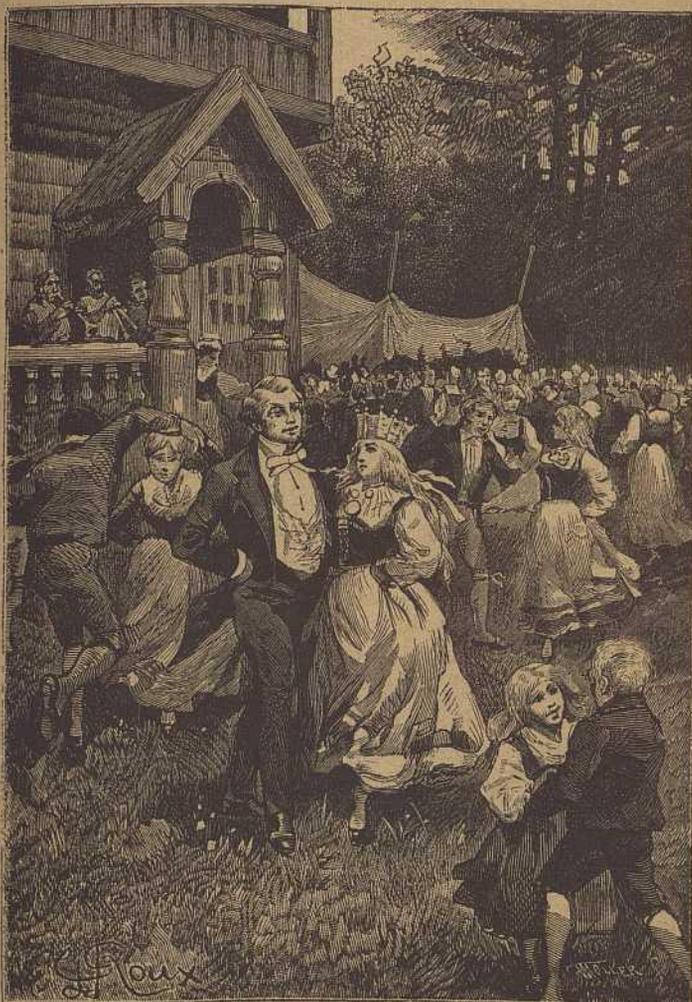
Entonces acertó á pasar el brik *Genius*, arrojado fuera de su ruta por la tempestad. Los náufragos le hicieron señales. Fueron recogidos. Estaban salvados.

Sin embargo, el *Genius*, detenido por vientos contrarios, experimentó grandes retrasos en la travesía relativamente corta de la Groenlandia á la Noruega.

Esto explica cómo no llegó á Christiansand hasta el 12 de Julio, y á Christiania hasta la mañana del 15.

Aquella misma mañana Sylvius Hog se dirigió á bordo.

Allí encontró á Ole Kamp, muy débil todavía. Le contó cuanto habia ocurrido desde su última carta, fechada en San Pedro Miquelón. Después le condujo á su morada, rogando á la tripulación del *Genius* que guardase el secreto por algunas horas.... Ya sabemos el resto.



El profesor abrió el baile.

Convinose entonces en que Ole Kamp asistiría al sorteo de la lotería. ¿Tendría fuerzas para ello?

¡Sí! Fuerzas no le faltarían, puesto que Hulda estaría allí.

¿Pero qué interés tenía para él aquel sorteo?

¡Sí, cien veces sí! ¡Le tenía para él y para su prometida!

En efecto: Sylvius Hog había logrado retirar el billete de manos de Sandgoist. Le había rescatado por el precio que el usurero de Drammen había pagado a la señora Hansen.

Y Sandgoist se había considerado muy feliz en deshacerse de él, ahora que habían cesado de producirse las pujas.

—Mi bravo Ole (había dicho Sylvius Hog, entregándole el billete); no es una probabilidad de ganancia, muy problemática por cierto, la que he querido devolver á Hulda; es el último adiós que la habéis dirigido en el momento en que creiais perecer.

Pues bien: preciso es confesar que Sylvius Hog había tenido una buena inspiración, mejor que la de Sandgoist, quien faltó poco para que se rompiera la cabeza contra la pared cuando supo el resultado del sorteo.

¡Ahora había cien mil marcos en la casa de Dall!
¡Sí! Cien mil marcos completos, porque Sylvius Hog no consintió en ser reembolsado de lo que ha-

bia pagado para rescatar el billete de Ole Kamp.

¡Era el dote, que se consideraba muy dichoso en ofrecer el día de su casamiento á su querida Hulda!

Tal vez se encuentre algo maravilloso que el número 9672, sobre el cual se habia fijado la atención pública tan vivamente, hubiese salido precisamente en la extracción del premio mayor.

Pero hay que convenir que, si bien algo extraño, el hecho no era imposible, y, sobre todo, que así fué.

Sylvius Hog, Ole, Joël y Hulda abandonaron á Christiania aquella misma noche. El regreso se hizo por Bamble, pues habia que entregar á Siegrid el importe del lote que habia ganado. Al volver á pasar ante la iglesia de Hitterdal, Hulda recordó los tristes pensamientos que la atormentaban dos días antes; pero la presencia de Ole la devolvió bien pronto á la dichosa realidad.

¡Por San Olaf! ¡Qué hermosa aparecia Hulda bajo su radiante corona, cuando cuatro días después salia de la capillita de Dal del brazo de su marido Ole Kamp! ¡Inmensa fué la resonancia que tuvo aquella ceremonia hasta en los últimos gaards del Telemark! ¡Qué alegría en todos los ánimos, en Siegrid, su padre el granjero Helmbøe, su futuro Joël y la señora Hansen, libre ya del espectro de Sandgoist! Tal vez se preguntará si todos aquellos amigos, todos aquellos invitados, los señores Help hermanos, hijos del Mayor, y tantos otros, habian venido para asistir á la felicidad de los jóvenes esposos, ó para ver bailar á

Sylvius Hog, profesor de legislación y diputado del Storting. De todos modos este bailó con la mayor dignidad, y, después de haber abierto el baile con su querida Hulda, le cerró con la encantadora Siegrid.

Á la mañana siguiente, saludado por los huerras de todos los habitantes del valle de Vestfjordal, partia, no sin haber formalmente prometido volver para el casamiento de Joël, que fué celebrado algunas semanas después, con gran alegría de los contrayentes.

Esta vez, el profesor abrió el baile con la encantadora Siegrid y le cerró con su querida Hulda.

Después de esto, Sylvius Hog no volvió á bailar.

¡Cuánta felicidad acumulada ahora en la casa de Dal, que tan duramente habia sido probada por espacio de algunos meses! Sin duda que en gran parte era la obra de Sylvius Hog; pero éste no queria convenir, y repetia siempre:

—¡Bueno! ¡Aún soy yo quien estoy en deuda con los hijos de la señora Hansen!

En cuanto al famoso billete, habia sido devuelto á Ole Kamp, después del sorteo de la lotería. Ahora figura en el sitio de honor, con un marco de madera, en el salón de la posada de Dal. Pero lo que de él se ve no es la cara del billete en la que está inscrito el famoso número 9672; es el último adiós escrito á la espalda, que el naufrago Ole Kamp dirigía á su desposada Hulda Hansen.

FIN.